



ALBANIA

¡Pilar no puede imaginar que está a punto de embarcarse en una increíble aventura! Cuando su abuelo parte hacia Grecia, ella va tras él con su gatito Samba, y vive grandes momentos junto a personajes de la mitología griega, como Pegaso, el único caballo alado del mundo; Midas, el ambicioso rey que transforma todo en oro; Heracles o Hércules, el más fuerte de los hombres; y Zeus, el dios de los dioses.

Viajando por los mitos y las leyendas, Pilar descubre, con sus amigos Breno y Helena, algunos de los mayores misterios de la vida y escribe todo en su diario. ¡Ahora podrás conocer los detalles de este viaje inolvidable!

Y si quieres acompañar el día a día de Pilar, ingresa al blog:  
<http://diariodepilar.wordpress.com>



LIBIA

YUGOSLAVIA BULGARIA

MACEDONIA

GRECIA

Flávia Lins e Silva

Diario de Pilar en Grecia

V&R

Mar Negro



# Diario de Pilar en Grecia

Flávia Lins e Silva

Ilustraciones Joana Penna



Alejandro



EGIPTO

Río Nilo



ISRAEL

Jerusalén

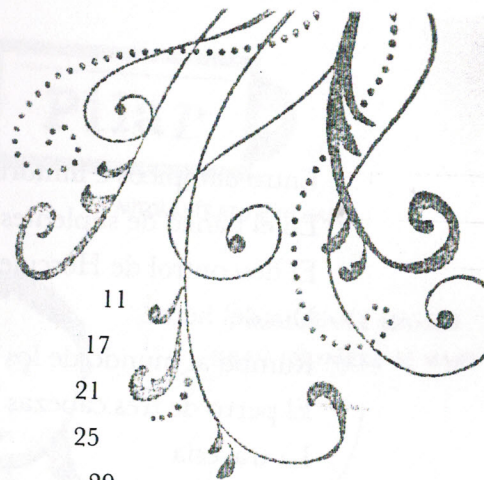
Mar M



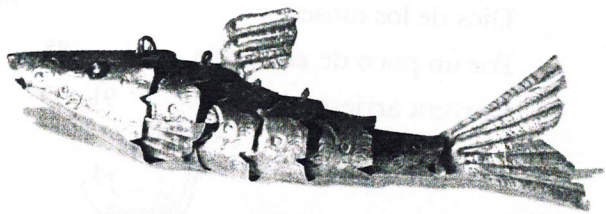
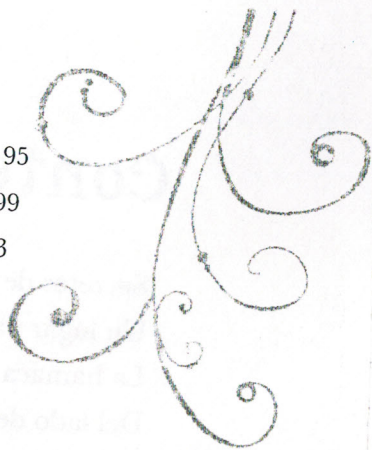


## Contenido

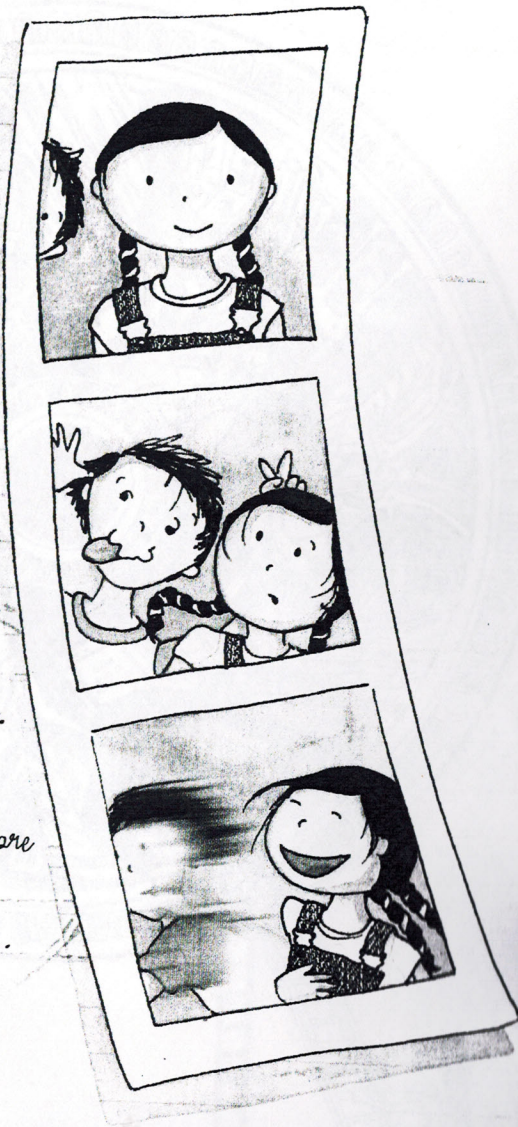
Secretos de mi laberinto	11
Un lugar para llorar	17
La hamaca mágica	21
Del lado de allá	25
Mar adentro	29
Rey en la barriga	33
No todo está a la venta	37
Dios de las fiestas	41
Un pedido especial	45
Toque de Midas	47
Entre el poder y la vida	51
Dos para allá, dos para acá	55
Una ayuda divina	59
Larga jornada	63
El caballo alado	67
Por los aires	71
Músculos y huesos	75
Dios de los dioses	79
Por un poco de ambrosía	85
Carrera arriesgada	91



Entre olímpicos e inmortales	95
En el banco de suplentes	99
El descontrol de Hércules	103
Día del héroe	109
Rumbo al mundo de los muertos	113
El perro de tres cabezas	117
La travesía	121
El reino de Hades	125
¿La muerte es para siempre?	129
Sin mirar hacia atrás	133
Luz al final del túnel	137
El regreso	139
Viajes, viajes y más viajes	141
Mapa de Grecia	148
Frases útiles en griego	150



*Breno:*  
*Vive en mi edificio.*  
*Mi mejor amigo.*  
*Gran inventor. Siempre*  
*está preparándose*  
*para una aventura...*



COVAS QUE SIEMPRE LLEVO EN LA MALETA:



RELOJ DE SOL + BRÚJULA DE BOLSILLO  
(ME LOS DIO EL ABUELO PEDRO)



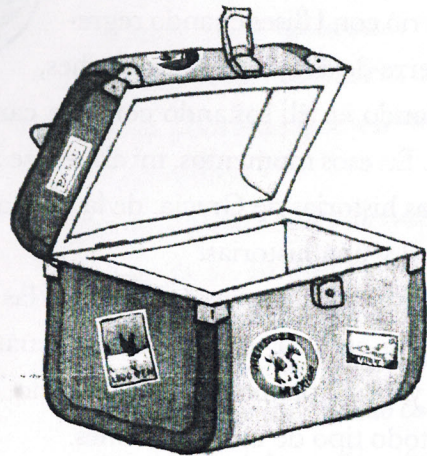
(EPILLO DE DIENTES)



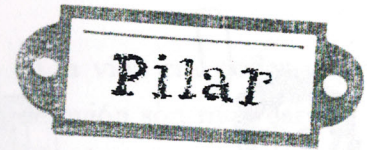
CLIP DE CABELLO:  
1001 USOS



COLLAR CON EL GLOBO TERRÁQUEO  
PARA UBICARME EN EL MUNDO



MI DIARIO:  
¡INDISPENSABLE!

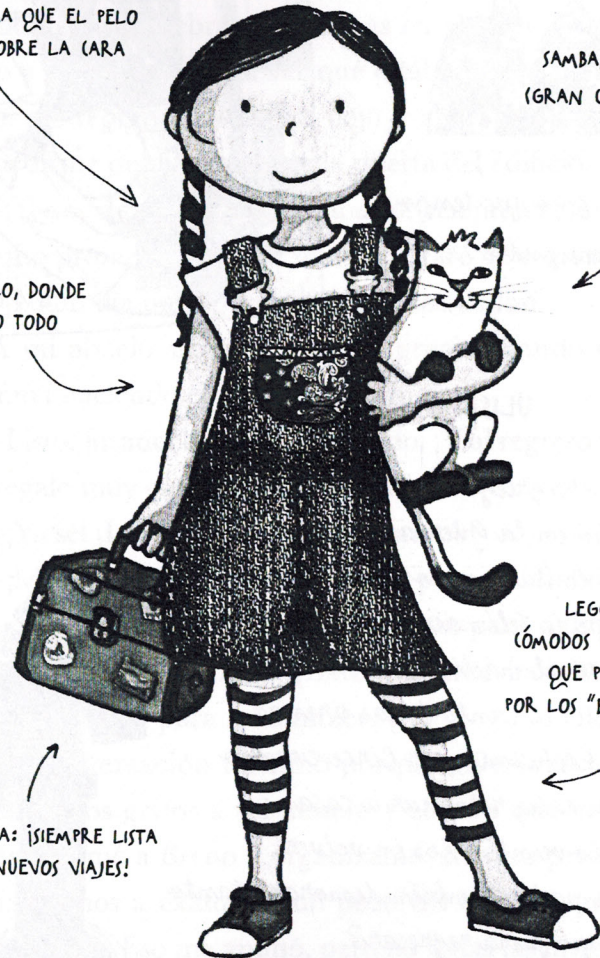


AUTORRETRATO EXPLICADO

TRENZAS PARA QUE EL PELO  
NO CAIGA SOBRE LA CARA

SAMBA, SIEMPRE CONMIGO  
(GRAN COMPAÑERO DE VIAJE)

MI BOLSILLO, DONDE  
GUARDO TODO



LEGGINGS BIEN  
CÓMODOS PARA NO TENER  
QUE PREOCUPARME  
POR LOS "BUENOS MODALES"

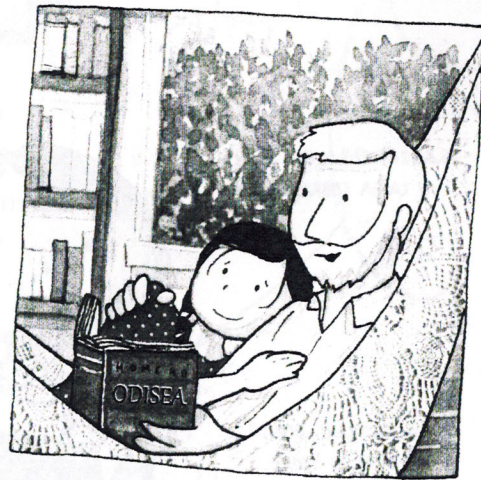
MI MALETA: ¡SIEMPRE LISTA  
PARA NUEVOS VIAJES!

CALZADO DEPORTIVO SIN AGUJETAS  
NI CORDONES (PARA PONERLOS  
Y QUITARLOS BIEN RÁPIDO)



Única foto que tengo  
de mi padre...

Abuelo Pedro



## ULISES

Nombre griego: Odiseo.

Luchó en la Guerra de Troya.

Rey de Ítaca, esposo de Penélope,  
padre de Telémaco.

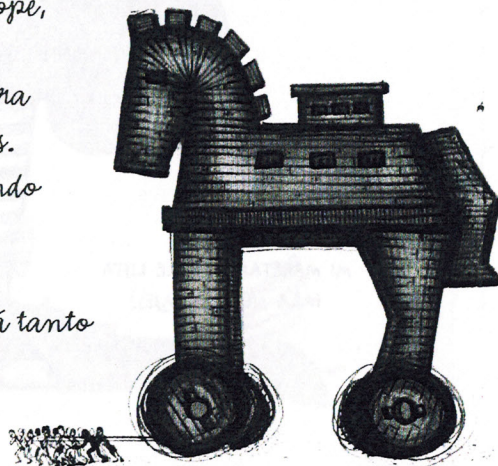
Se ató al mástil del barco para  
resistir el canto de las sirenas.

Fue hechizado por Circe cuando  
intentaba retornar a casa.

Tardó veinte años en volver.

¿Mi padre también demoraría tanto  
tiempo para regresar?

CABALLO DE TROYA



¡REGALO DE GRIEGO!

## Secretos de mi laberinto

Vivo en un laberinto de estantes, rodeada de libros por todas partes. Hay libros en la sala, en la cocina, en los dormitorios ¡y hasta en los baños! Crecí escuchando historias sobre caballos alados, monstruos de cien ojos, perros de tres cabezas y flechas que enamoran. De tanto escuchar estos relatos, a veces me parece que algunos personajes forman parte de nuestra familia. Tal vez Alicia en el País de las Maravillas sea una tía abuela de mi mamá y Peter Pan, quién sabe, un primo distante de mi padre.

Yo aún era un bebé cuando mi papá salió en barco a viajar por el mundo, hace casi diez años. Nadie sabe con certeza qué pasó, pero hasta hoy no ha regresado. Mi abuelo cree que puede haber sido hechizado, como ocurrió con Ulises cuando regresaba de la famosa Guerra de Troya. Algunas noches, me pongo triste pensando en él, soñando con una carta, un e-mail, una llamada... En esos momentos, mi abuelo se acerca y me cuenta una de sus historias de Grecia, de la China, de la India, de Egipto... ¡mil y una historias!

Entre un libro y otro, conversamos sobre todas las cosas: sobre lo que pasa en la escuela, en las clases de natación, en el curso de chino y, principalmente, en el edificio, donde Breno y yo hacemos todo tipo de investigaciones.



Mis secretos más secretos solo los conoce mi abuelo. Ahora él va a viajar a Grecia y ya sé que lo voy a extrañar mucho. Para que el tiempo pase rápido, voy a comenzar una nueva investigación con Breno. Él es mi vecino desde siempre y nos encanta inventar lo que aún no existe. ¡Inventar es mi deporte favorito!

### Mis cosas favoritas

Deporte favorito: ¡inventar historias!

Amigo favorito: Breno.

Abuelo favorito: Abuelo Pedro.

Animal favorito: todos, menos cobras y lagartos.

Colección favorita: de silbatos, para llamar a los pajaritos.

Hobby favorito: escribir en mi diario, echada en la hamaca.

Libro favorito: La Odisea, de Homero.

Manía favorita: guardar todo en el bolsillo del vestido.

Sueño favorito: dar la vuelta al mundo en barco con mi padre.

Zapatos favoritos: ninguno.

Deseo favorito: aprender a hablar chino.

Comida favorita: pasta con mucho queso.

Bebida favorita: milk-shake de crema.

Deseo secreto favorito: no puedo revelarlo...



Lo que más quería en la vida era poder viajar con mi abuelo, pero los tickets de avión son muy caros y no entro escondida en la maleta. Es cierto que intenté meterme allí dentro y llamé a Breno para que la cerrara. Pero, con su delicadeza, casi quiebra mis piernas en el intento. Di un gran grito y mi mamá vino a ver qué estábamos haciendo. Resultado: me reprendió y no me dejó ir al aeropuerto. Tuve que despedirme de mi abuelo en la puerta del edificio.

—¡Te voy a extrañar mucho, abuelo! Ven pronto, ¿lo prometes?

—¡Lo prometo! ¡En una semana estaré de regreso!

—¡Ni un día más! ¡Júralo y bésate los dedos!

A mi abuelo siempre le causa gracia cuando pido eso y termina haciendo el juramento completo.

—Listo. Jurado, besado, prometido. ¡Y al regreso voy a traer un regalo muy especial para ti!

—¡Ya sé! ¡Los cuernos del Minotauro!

—¡Mucho mejor! ¡Voy a traer un poco de ambrosía de los dioses, un dulce delicioso que hace vivir para siempre!

—¿Vivir para siempre? ¡Entonces, trae bastante! Para ti, mamá, Breno y para mí también, ¿ok?

La conversación terminó porque mi mamá comenzó a llamar a los gritos a mi abuelo y él tuvo que partir. Volví a casa, llamé a Breno y organizamos nuestra próxima aventura: iríamos a examinar un pozo del edificio que tenía un olor terrible. Eso me animó, pero no todas las investigaciones

terminan bien. Hoy, por ejemplo, ¡fue un desastre! Como soy más liviana, fui elegida para bajar al pozo, con un elevador que Breno inventó. Él vive inventando cosas locas y casi siempre soy el conejillo de Indias de esos inventos. El elevador parecía un columpio: estaba hecho con cartón, cuerdas y corbatas.

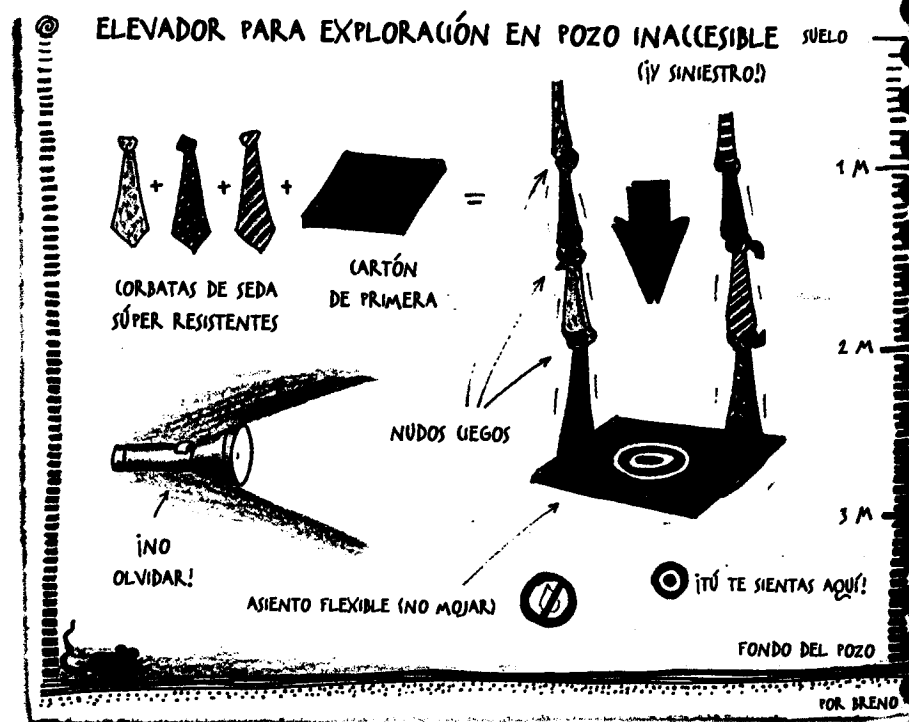
Breno me prometió que no se caería, juró que me sujetaría con toda su fuerza, pero el cartón de pronto se rasgó ¡y caí allí dentro, en el fondo del pozo!

Resultado: me lastimé la rodilla derecha y le pedí que me levantara, pero él no me oyó. Unos chicos más grandes que nosotros, que viven allí en el edificio, decidieron llamar a mi amigo para jugar a la pelota en medio de nuestra investigación.

—¿Breno? ¡¡Breno!! —grité varias veces, sin recibir respuesta.

¡Se había ido sin decir adiós! ¡No se puede creer! Lo diré: ¡me puse tan furiosa que nunca más quiero ver su cara! ¡Odio que se vaya sin avisarme! ¡Lo odio!

Aún no sabía cómo salir de aquel pozo hondo y oscuro, cuando una cosa peluda se apoyó en mi pierna. ¡Di un gran grito! ¿Y si fuera una rata o algo parecido? Por suerte, tenía una linterna en el bolsillo de mi vestido y la encendí de prisa. Fue entonces cuando vi un pequeño gatito, blanco, con ojos atemorizados. ¿Cómo habría caído allí?



—¡Ven, gatito, ven! No temas.

Inmediatamente lo levanté en mis brazos, le acaricié el pelo y lo metí en mi bolsillo. Ahora ya no me sentía tan sola en aquel lugar oscuro, pero aún necesitaba encontrar la manera de salir de allí. Al menos, antes de desaparecer, Breno hizo algo inteligente: ató las cuerdas del supuesto elevador en una tubería y así logré escalar la pared del pozo.

—Ven, gatito. Puedes contar conmigo. De ahora en adelante, prometo cuidarte, ¿está bien?

Abracé al gato, le hice un mimo más en su pelo y él maulló, cariñoso. Decidí llevarlo a casa y corrí a mi habitación sin que nadie me viera. Ahora, él sería mi mejor amigo. Además de exhausta, estaba completamente decepcionada con Breno. Para no pensar más en él, resolví meterme debajo de las mantas y me dormí abrazada a mi gatito. Ahora solo me faltaba elegir un buen nombre para él. Quiero decir, faltaba también otro detalle importante: convencer a mi mamá de que aceptara un gato en nuestro apartamento...



*Inventar nombre  
para mi gato*

*¡No hablar más  
con Breno!*

## Un lugar para llorar

Al día siguiente, cuando mi mamá entró en mi habitación y vio al gatito durmiendo en la cama, me despertó con un grito:

—¡Pilar! ¿Qué hace aquí ese gato? ¡Debe tener enfermedades, pulgas, garrapatas! Sabes que no me gusta tener animales en el apartamento. ¡Devuelve ese gato, hija! ¡Hoy! ¡Sin falta!

Dije que sí con la cabeza, pero era obvio que no podía arrojar a mi gato nuevamente al fondo de aquel pozo horrible. ¡Si hasta me había firmado un autógrafo en mi diario!

Ahora él formaba parte de mi historia. Solo necesitaba encontrar la manera de convencer a mi mamá para que lo aceptara, pero todavía no sabía cómo.

—Levántate de la cama y arréglate, hija, que la mamá de Breno los va a llevar a la escuela.

—No quiero ver nunca más a Breno.

—No digas tonterías. Él es tu mejor amigo. Ahora, bebe ese yogurt y ponte el uniforme.

Cambié mi cama por la hamaca de la sala y me quedé allí, tomando el yogurt y recordando lo que había pasado el día anterior. Tengo ese defecto: cuando me enoja, tardo en olvidar lo que sucedió... Por eso estaba allí, pensando y repensando en todo lo que le diría un día a mi examigo Breno, cuando sonó el teléfono y mamá corrió a atender:

-¿De la Embajada de Brasil en Atenas?... Soy yo, sí... Pedro es mi padre, exactamente... Pero... ¡no puede ser! No puede...

Desde la hamaca, vi a mi madre desmoronarse llorando como jamás lo había hecho. Ella intentó hablar conmigo, pero las palabras no le salían bien y no entendí nada de lo que estaba ocurriendo.

-Tu abuelo, Pilar... No va a volver más...

Mi abuelo solo había viajado para dar una conferencia en Grecia, ¿y ahora llamaban para decir que él no regresaría? ¿Cómo era eso? ¡Él me había prometido que volvería en una semana! ¡Lo juró y se besó los dedos! Hasta dijo que me traería la ambrosía de los dioses, y mi abuelo no es de hacer promesas descabelladas. Siempre cumple lo que promete. Si dijo que iba a volver, va a volver. ¡Estoy segura!

-¡Claro que mi abuelo volverá! -le dije a mi gatito.

Pero en el fondo, fondo, tengo mucho miedo de que también haya sido hechizado allá en Grecia y no logre volver nunca más a casa, como ocurrió con Ulises y con mi padre... Solo de pensarlo, lo extraño horriblemente ¡y me dan tantas ganas de llorar que no puedo aguantarlas!

Entonces, corrí al armario de mi abuelo, donde me gusta esconderme. Siempre me meto allí dentro cuando extraño a mi padre, y lloro un poquito, escondida de mamá, para que ella no se preocupe demasiado. Ahora, con esta confusión

sobre mi abuelo, sentí que iba a llorar un poquito también, pero lloré tanto que mi gato se alejó de mí, pensando que yo era una llorona. La verdad es que no soporto que las personas desaparezcan de mi vida sin dar explicaciones.

¡Mi abuelo debe volver! Pero ¿lo logrará?

### MI ABUELO PEDRO

*Ama leer libros.*

*Vive con libros en los bolsillos.*

*Siempre cumple lo que promete.*

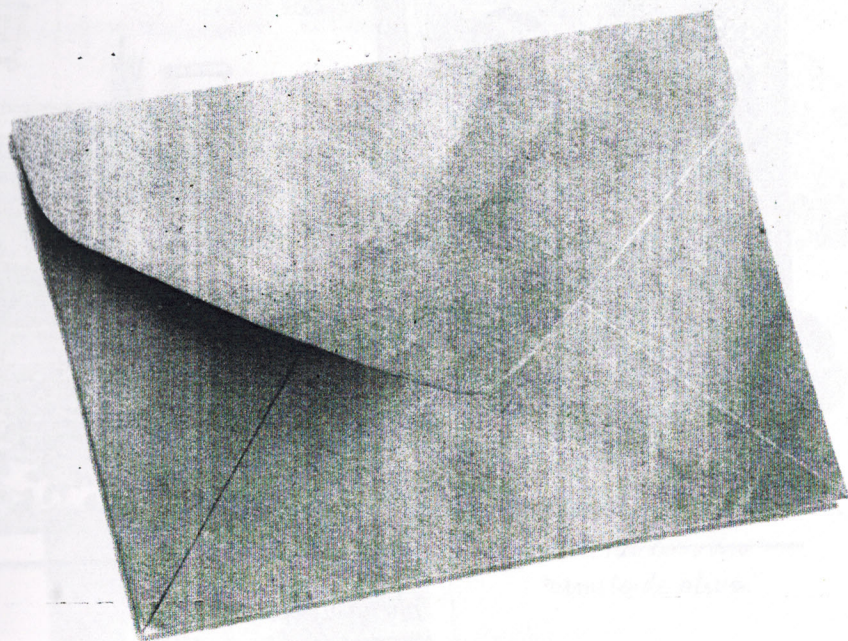
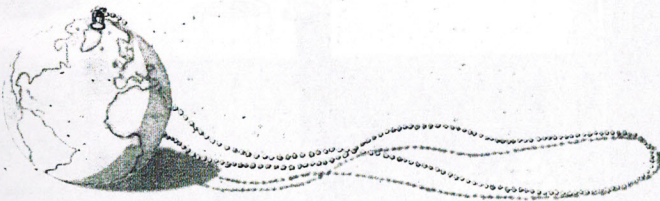
*Renquea de una pierna.*

*Es el mejor narrador de historias que conozco.*

*Tiene que volver a casa.*

*¡Ya lo extraño mucho!*

*¡El abuelo Pedro siempre  
me sorprende!*



## La hamaca mágica

Después de gastar todo mi llanto, estiré las piernas y toqué, sin querer, una especie de almohadilla de papel. Me dio curiosidad y resolví abrir la puerta del armario para ver mejor qué era. Se trataba de una caja con mi nombre escrito arriba: Pilar. La abrí enseguida y, allí dentro, había una hamaca dorada, increíble, junto con una nota para mí:

*Esta hamaca vino de muy lejos, Pilar.  
Con ella, vas a descubrir que el mundo  
es grande y la vida es increíble.  
¡Aprovecha bien, querida!  
¡Aprovecha por mí, querida!*

*Un beso del abuelo Pedro*

Leí y releí la nota muchas veces antes de pegarla en mi diario. Escuché que en la sala sonó el timbre y me pareció que mi mamá estaba hablando con Breno. Pero, como seguía enojada con él, corrí a mi habitación, cerré la puerta y decidí probar la hamaca dorada.

Mi dormitorio es más o menos así: de un lado hay armarios y del otro hay ventanas, cerca de mi cama. También tengo una mesa de estudio y una pequeña biblioteca con libros.

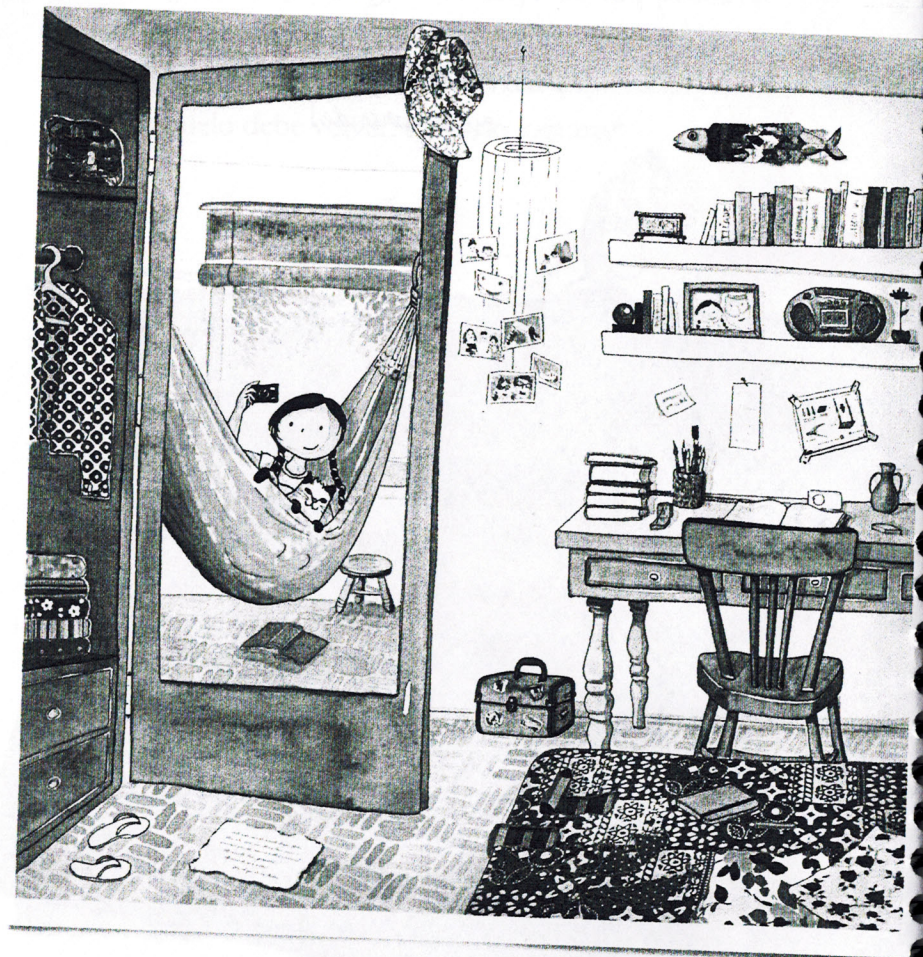
Para colgar la hamaca, tuve que cambiar de lugar la mesa. Después, busqué dos cinturones bien resistentes y até un lado de la hamaca en la ventana y el otro en la manija del armario. Luego, puse al gatito para ver si la cosa no se caía y... ¡funcionó! Subí a la hamaca con mi gato y algunos libros, lista para quedarme horas allí, bien quieta.

—¿Quieres que te cuente una historia, gatito? Hay una que me contó mi abuelo, sobre un caballo alado que existe allá en Grecia y... ¡ups!

En ese momento la hamaca comenzó a girar sin parar y perdí la noción de dónde estaba el cielo y dónde la tierra. Grité, grité mucho. El gato empezó a maullar y nos quedamos completamente atontados hasta que, de pronto, todo se oscureció.

Cuando la hamaca finalmente dejó de balancearse, bajé de allí con mi gato y me di cuenta de algo muy extraño: ¡ya no estaba en mi dormitorio! Caminé hasta la ventana y estuve segura: no estaba en mi habitación sino en una casa desconocida, un lugar extraño que nunca había visto en mi vida. Todavía estaba pensando en qué haría, cuando mi gato salió por la puerta y me pareció mejor ir tras él...

—¡Ey, gatito, vuelve aquí!



*Mi habitación*



← *piedra de Grecia*



*Helena con un ramito de olivo.*



## Del lado de allá

Al salir, vi un mar del azul más azul que existe en el mundo. Estábamos en una playa que no era de arena sino de piedras, y mientras miraba el paisaje, maravillada, mi gato fue a husmear al barco de un pescador que acababa de volver del mar. Allí cerca, una chica jugaba a lanzar piedras en el agua. Ella lograba que rebotaran varias veces en la superficie del mar antes de hundirse. Decidí acercarme y probar ese juego. Arrojé una, pero se hundió a la primera vez. Lancé otra, pero también se hundió. Al verme bastante frustrada, la chica decidió demostrarme cómo se hacía.

—Hay una forma especial para arrojarlas. ¿Tu papá nunca te enseñó?

—No... Mi padre no...

—La sostienes así y la lanzas bien al ras del agua.

Después de que ella me explicó, arrojé otra piedra; rebotó una, dos veces en el agua, y solo después se hundió. ¡Me alegré! La chica me sonrió:

—¡Mira que aprendes rápido! ¿Cómo te llamas?

—Pilar. ¿Y tú?

—Helena. Qué hermoso es ese gatito...

Ella señaló a mi gato y sonreí, orgullosa:

—¡Es mío!

—¿En serio? ¿Y cómo se llama?



-Yo... todavía no lo decidí, pero estaba pensando...

-¿Estás segura de que es tu gato?

-Claro que sí. Vino conmigo.

-Entonces, necesita un nombre urgente. ¿Qué te parece Hércules?

-No... yo había pensado en...

-¡Hércules es un nombre fuerte!

-¡Pero él tiene cara de Samba!

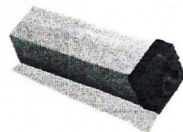
-¿Samba? ¿Estás segura? Me gusta más Hércules.

-Voy a probar. Ven acá, Samba. Pssst.

Creo que a mi gato le gustó el nombre, porque vino enseñada, mimoso, pasando las orejas por mi mano. Le hice una caricia y después lo acerqué al cuello de Helena:

-¿Quieres sostenerlo un poco?

¡Era imposible resistirse! Samba es para enamorarse, todo blanquito, con las patas de color chocolate. Además, acababa de descubrir que era un gato increíblemente goloso. Le bastó con ver al pescador sacando algunos peces de la red para saltar del cuello de Helena y correr nuevamente hacia el barco.



## SAMBA

*Mi gato*

*Nombre: Samba.*

*Pelo: blanco con patas color chocolate.*

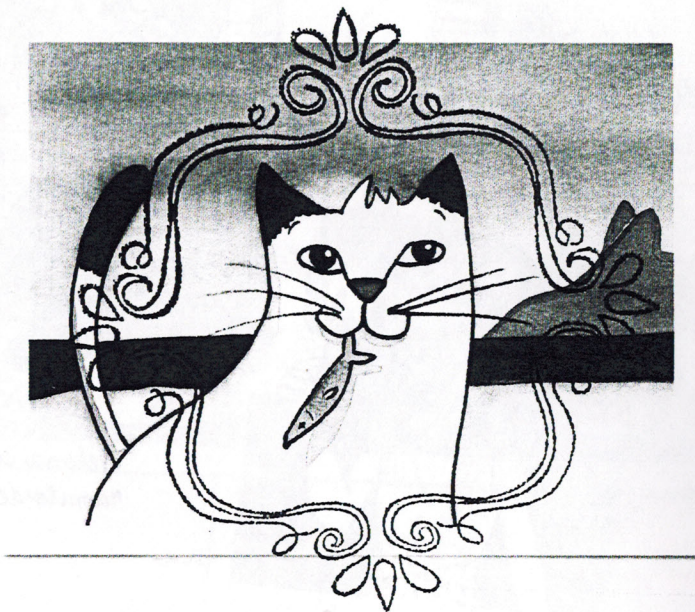
*Manía: mimos en la cabeza.*

*Miedo: al agua.*

*Diversión: meter el hocico donde no debe.*

*Comida favorita: pescado.*

*¡Es muy goloso!*



## ✻ Alfabeto Griego Antiguo ✻

Α α	[alfa]	a	ΠΙΛΑΡ	Πίλαρ	Pilar
Β β	[beta]	b	ΒΡΕΝΟ	Βρενο	Breno
Γ γ	[gama]	g	ΗΕΛΕΝΑ	Ηελενα	Helena
Δ δ	[delta]	d	ΤΙΡΕΣΙΑΣ	Τιρεσιασ	Tiresias
Ε ε	[epsilon]	e	ΣΑΜΒΑ	Σαμβα	Samba
Ζ ζ	[zeta]	z	ΠΕΔΡΟ	Πεδρο	Pedro
Η η	[eta]	e, h			
Θ θ	[teta]	t			
Ι ι	[iota]	i			
Κ κ	[kapa]	k			
Λ λ	[lambda]	l			
Μ μ	[mu]	m			
Ν ν	[nu]	n			
Ξ ξ	[xi]	x			
Ο ο	[omicrom]	o			
Π π	[pi]	p			
Ρ ρ	[ro]	r			
Σ σ	[sigma]	s			
Τ τ	[tau]	t			
Υ υ	[upsilon]	u, y			
Φ φ	[fi]	f			
Χ χ	[chi]	ch			
Ψ ψ	[psi]	ps			
Ω ω	[omega]	au			



## Mar adentro

El dueño de la red era un pescador simpático y no puso mala cara al ver acercarse a Samba. Por el contrario, le dio un pescado. Helena ya lo conocía, así que nos presentó:

–Este es Tiresias, Pilar. Es como si fuera mi abuelo...

–A ustedes les gustaría conocer a mi abuelo, Pedro, pero viajó a Grecia y...

–¿Él vino aquí? –me preguntó Tiresias.

–¿Grecia? ¿Aquí es Grecia?

Fue así como descubrí dónde estaba. ¡Qué buena suerte, no podía creerlo!

### GRECIA



*Cosas sobre GRECIA que mi abuelo me contó*

*Capital: Atenas.*

*Población: hoy ya son más de 12 millones de habitantes.*

*Filósofo más famoso: Sócrates.*

*Escritor más famoso: Homero.*

*Curiosidad: ¡¡¡Grecia está formada por más de mil islas!!! ¡pero solo 227 están habitadas!*

Yo iba a hacer mil preguntas sobre Grecia, cuando alguien comenzó a gritar, desde el mar, con desesperación:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Parecía la voz de un hombre más viejo, pero no se veía quién era. ¡Me sentí aterrada! ¿Y si era mi abuelo!?

No lo pensé dos veces: tomé una tabla que vi sobre las piedras y ¡entré al mar con la ropa puesta! Al llegar más cerca, vi que el que se estaba ahogando era muy distinto de mi abuelo. Las olas venían una tras otra y él se ahogaba cada vez más. Necesitaba sacar a aquel hombre de allí cuanto antes, pero no tenía fuerzas para sostenerlo. Por suerte, Tiresias vino con su embarcación a remo, trayendo a Helena y a Samba a bordo. Ellos levantaron al ahogado y regresamos a la playa. Cuando lo bajamos no hablaba, no se movía, ¡parecía muerto!

Helena y yo nos miramos, asustadas.

—¿Estará muerto?

—¿Está respirando?

Tiresias comenzó a apretar la barriga del ahogado, que luego escupió un poco de todo: caracoles, peces y agua, mucha agua. Finalmente, tosió y volvió a respirar normalmente.

—¡Está vivo! ¡Gracias a Zeus! —celebró Helena.

—¡Ey, gracias a nosotros, eso sí! —dije.

Tiresias me sonrió, pero Helena todavía estaba nerviosa y miraba al casi ahogado, llena de preguntas:

—¿Tú conoces a este hombre, Pilar?

—Nunca lo vi en mi vida.

—¿Y tenías que lanzarte al mar con la ropa puesta? ¡Qué locura!

—No había tiempo que perder. Él necesitaba ayuda y, además, podía ser mi abuelo.

—Tuviste mucho valor —comentó Tiresias.

—Vivo cerca de la playa, no tengo miedo del mar. Además, mi padre vive en un barco, ¿sabías? —dije hinchando el pecho, orgullosa.

—¿En serio? ¿Dónde está el barco de tu padre? —preguntó Helena.

Confieso que comencé a tartamudear, sin saber qué decir:

—La verdad, no lo sé, pero espero descubrirlo un día.

—¿Y qué pasó con tu abuelo? —quiso saber Tiresias.

—Él vino a Grecia y ahora no puede volver —expliqué con preocupación.

Era la primera vez que le contaba a alguien lo que había ocurrido con mi abuelo Pedro y sentí muchas ganas de llorar, pero me mantuve firme. Helena quiso saber más detalles sobre él y tuve la impresión de que ella y Tiresias estaban dispuestos a ayudarme.

—¿Cómo es tu abuelo? ¿Es parecido a Tiresias? —preguntó Helena.

—Él también tiene barba, pero un poco más corta. Renquea un poco y siempre tiene un libro en el bolsillo...

Estaba empezando a contar todo lo que sabía sobre mi abuelo Pedro, cuando un hombre gordo y con una corona dorada en la cabeza interrumpió la conversación y ordenó:

—¡Salgan de adelante! ¡Déjenme ver a este hombre!

Nunca había visto a un rey de verdad, pero a nadie le quedan dudas al encontrar uno en el camino.



## Rey en la barriga

En general, los reyes no piden, ordenan. Parece que andan con la barriga llena y la nariz apuntado hacia la luna. Este rey llegó acompañado de varios súbditos, pasó junto a nosotros sin siquiera decir buen día y, acercándose al casi ahogado, gritó bien fuerte:

—¡Mi lupa! ¡Rápido!

Enseguida extendió la mano y le entregaron una lupa dorada. Con ella, el rey examinó cada ojo, cada lunar, cada arruga del rostro del casi ahogado, que finalmente comenzaba a abrir los ojos.

—Hummm, solo puede ser él. Se parece... ¡Se parece mucho!

—¿De qué está hablando? ¿Qué rey es este, Tiresias? —pregunté, en voz baja.

—Es el famoso rey Midas.

—¡Por lo visto, le gusta mandar! —comenté.

—¡Y aún más le gusta ganar! —agregó Tiresias.

Acababa de conocer al rey Midas, pero ya me había dado cuenta de que él solo usaba los verbos en imperativo, dando órdenes a conocidos y a desconocidos. Sin siquiera pedir permiso, ordenó que saliéramos del camino y abrió un pergamino con una ilustración colorida, que comparó con la cara del casi ahogado.

–¡Lo sabía, es él mismo! Es Sileno, padre del dios Dioniso. Traigan al viejo a mi palacio, ¡vamos!

El rey batió las palmas y dos siervos tomaron a Sileno en sus brazos, cargándolo fuera de la playa, en dirección al palacio. Como yo ya he participado de varias investigaciones con Breno, estoy acostumbrada a buscar pistas y evidencias. Por eso, no me resultó difícil deducir que había algo bastante extraño en el comportamiento de ese tal rey Midas.

–¿Por qué Midas mandó a llevar al casi ahogado a su palacio?

–No lo sé, Pilar. Quizá conozca a ese tal Sileno –dijo Helena.

–¡Si lo conociera no necesitaría mirarle la cara con una lupa del tamaño de una raqueta!

–Buena observación, Pilar. Creo que Midas tiene segundas intenciones –completó Tiresias.

–¡Segundas y terceras intenciones! –afirmé.

Por un instante me olvidé de Samba y, al buscarlo, vi que seguía saltando detrás de la comitiva del rey, rumbo al palacio.

–¡Vuelve aquí, Samba!

Mi gato aún no es muy obediente, ni sé si un día lo será. Además, me parece que se guía por la barriga y tal vez hubiera sentido el olor de cosas ricas proveniente del palacio. Ya iba a salir detrás de él, pero Helena me detuvo:

–¿Vas a entrar al palacio del rey Midas sin ser invitada?

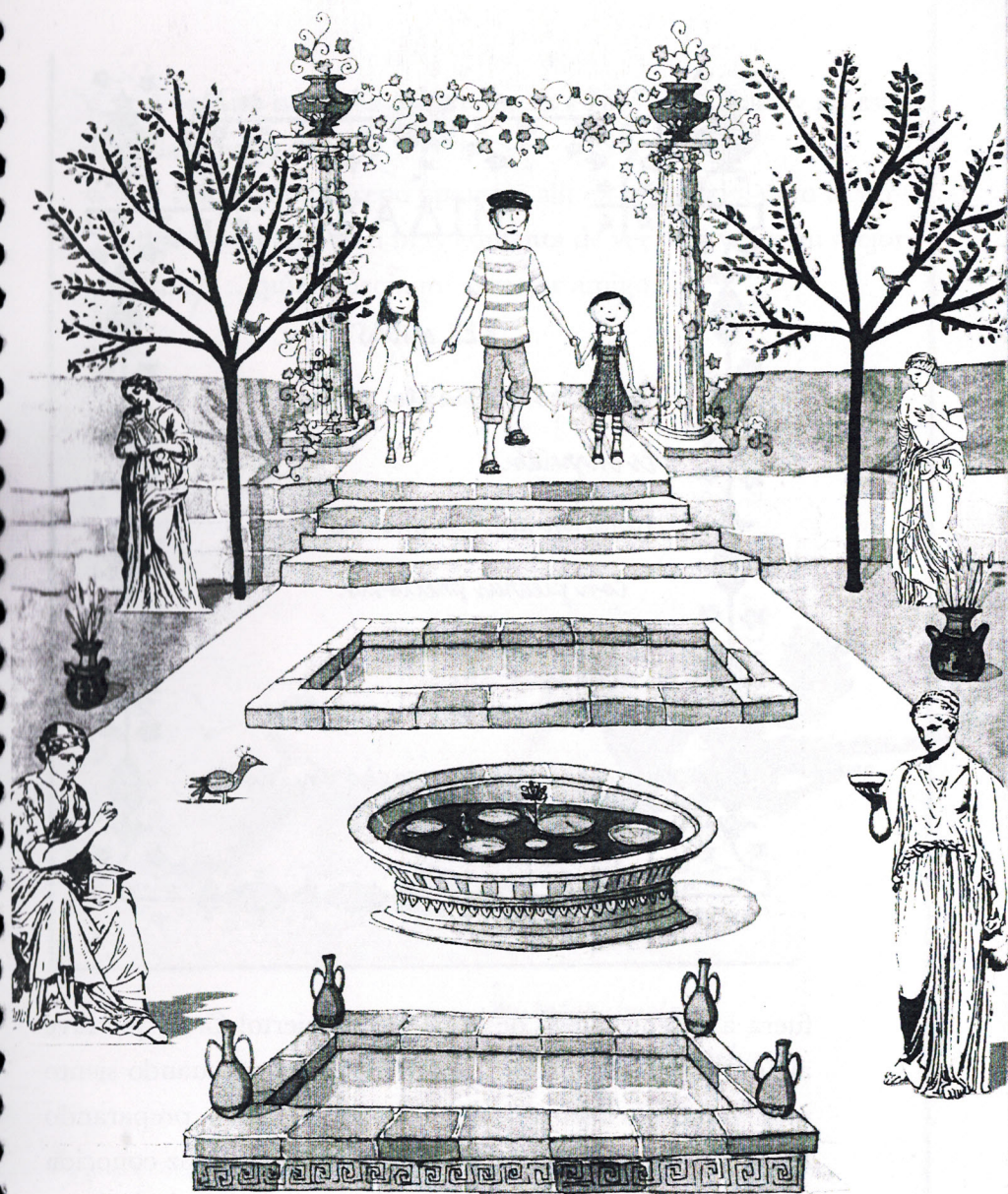
–Pero es que... ¡mi gato está allí dentro! –expliqué.

–Eso puede ser peligroso, Pilar –insistió ella.

–¡Vamos a entrar todos juntos! –decidió Tiresias.

Entonces, nuestro amigo pescador nos dio la mano y, juntos, pasamos por los enormes portones del palacio de Midas.





## No todo está a la venta

El jardín del palacio era inmenso, ¡parecía un jardín botánico! Además, había varios lagos y piscinas en el camino, formando una especie de laberinto de agua. Después de muchas curvas, vimos una enorme construcción de mármol.

—¡Qué increíble! —murmuró Helena, un tanto deslumbrada.

—¿Ya conocías al rey Midas, Tiresias?

—Él es muy conocido por aquí, Pilar. Pero no es muy querido. Es un rey bastante ambicioso.

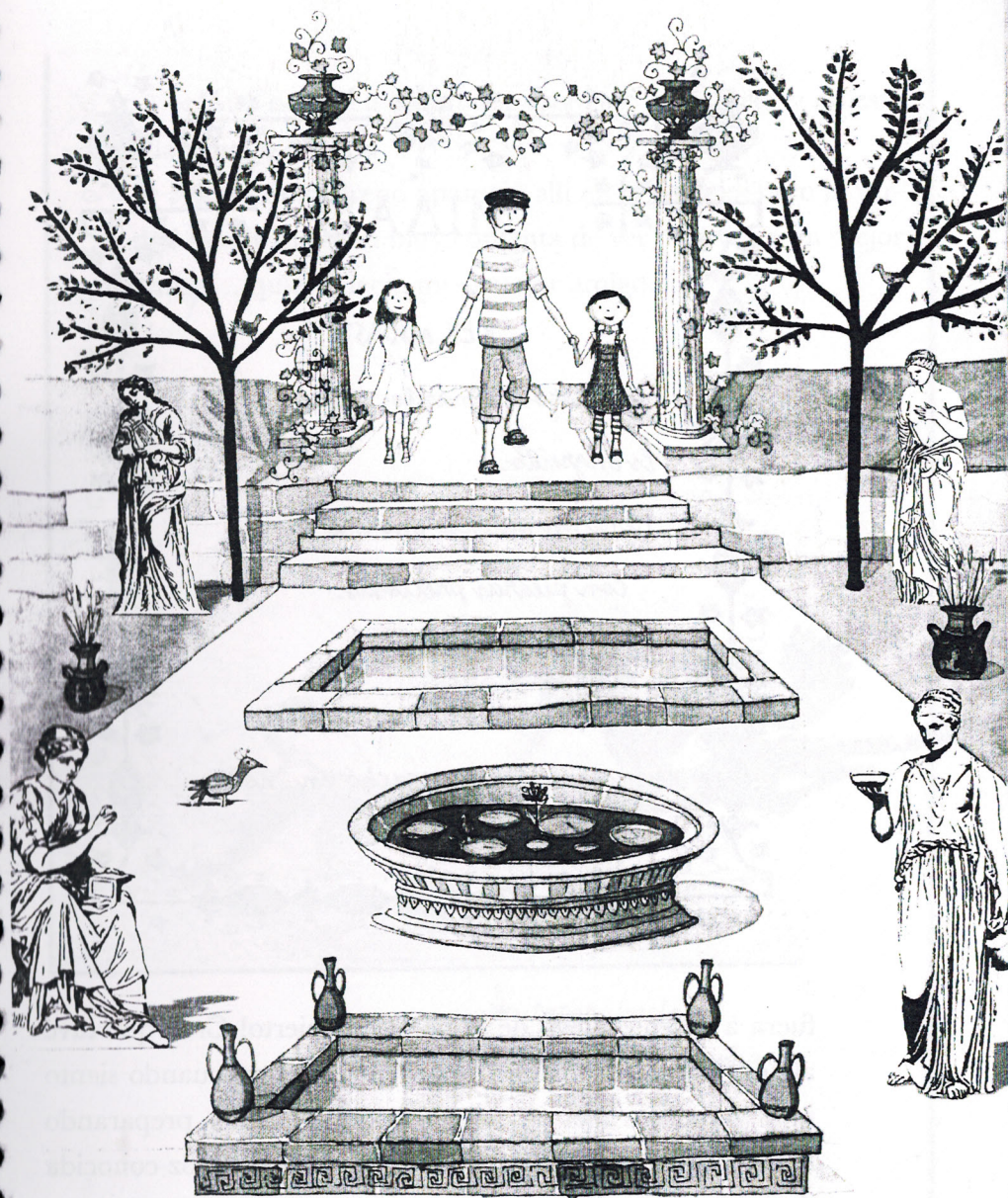
Atravesamos un puente levadizo y entramos al palacio. Allí dentro, nos sorprendimos con lo que vimos. El suelo estaba todo recubierto de piedras preciosas: rubíes, zafiros, esmeraldas. Las paredes eran de oro y los techos de cristal.

Delante de una mesa enorme, el viejo Sileno parecía muy recuperado del casi ahogo y ahora vestía una bata suave, mientras tomaba un té caliente de menta. Mi gato estaba en el regazo de una chica con pelo rubio-verdoso, tal vez de tanto bañarse en las piscinas del palacio.

—¿Te gustó mi gatito? Su nombre es Samba —dije, intentando ser gentil.

Pero, en lugar de responder, la chica me ignoró y se volvió hacia el rey Midas:

—Papá, ¿viste qué gatito tan hermoso?



## No todo está a la venta

El jardín del palacio era inmenso, ¡parecía un jardín botánico! Además, había varios lagos y piscinas en el camino, formando una especie de laberinto de agua. Después de muchas curvas, vimos una enorme construcción de mármol.

—¡Qué increíble! —murmuró Helena, un tanto deslumbrada.

—¿Ya conocías al rey Midas, Tiresias?

—Él es muy conocido por aquí, Pilar. Pero no es muy querido. Es un rey bastante ambicioso.

Atravesamos un puente levadizo y entramos al palacio. Allí dentro, nos sorprendimos con lo que vimos. El suelo estaba todo recubierto de piedras preciosas: rubíes, zafiros, esmeraldas. Las paredes eran de oro y los techos de cristal.

Delante de una mesa enorme, el viejo Sileno parecía muy recuperado del casi ahogo y ahora vestía una bata suave, mientras tomaba un té caliente de menta. Mi gato estaba en el regazo de una chica con pelo rubio-verdoso, tal vez de tanto bañarse en las piscinas del palacio.

—¿Te gustó mi gatito? Su nombre es Samba —dije, intentando ser gentil.

Pero, en lugar de responder, la chica me ignoró y se volvió hacia el rey Midas:

—Papá, ¿viste qué gatito tan hermoso?

-Sí, querida. ¿Lo quieres para ti?

-¡Lo quiero! ¡Lo quiero mucho!

-¡Ey, pero el gato es de Pilar! -dijo Helena, defendiéndome.

-¡Es absolutamente mío! -exclamé.

-Por ahora... -dijo la princesa, convencida.

Helena y yo nos miramos, impresionadas. No podía creer lo que estaba escuchando. ¡¿Esa chica de pelo verde creía que podía quedarse con mi gato solo porque era una princesa y vivía en un castillo?! ¡De ninguna manera! Pero ella siguió insistiendo con el rey-padre.

-Papi, ¡cómprame el gatito! ¡Cómpralo ahora! ¡Cómpralo!

-Claro, querida. ¡Ahora mismo! -dijo el rey.

Me puse furiosa. ¡Qué realeza tan maleducada! El rey ni siquiera quiso saber si yo estaba interesada en vender a mi gato. Se acercó con una bolsa de terciopelo rojo, repleta de monedas de oro, y dijo:

-Pon tu precio, pequeña. ¿Cuántas monedas quieres por este animal?

-¡Mi gato no está a la venta! -protesté.

-Ya vi que eres buena para los negocios. Puedes negociar, comencemos... ¿Cuánto quieres por el minino? ¿Qué te parecen diez monedas de oro puro?

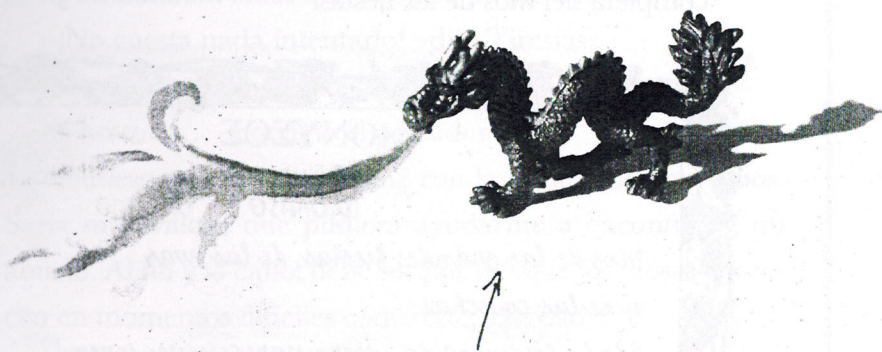
Nunca creí que pudiera ponerme tan furiosa, al punto de perder el habla. Pero, en ese momento, lo que quería decir no salía y me fui poniendo roja, cada vez más roja; temí que



fuera a salirme fuego de la nariz. ¡Es cierto! Creo que tuve algún tatarabuelo dragón, ¡porque de vez en cuando siento unas ganas terribles de escupir fuego! Ya estaba preparando la llamarada más grande, cuando escuché una voz conocida decir bien alto:

-¿Aún no entendieron que este gato es de Pilar y no está a la venta?!

No sé cómo Breno apareció allí en el palacio, pero la verdad es que me sentí muy contenta de ver otra vez a mi mejor amigo... quiero decir, mi exmejor amigo...



*¡Mi tatarabuelo!  
Sangre caliente en la familia...*

## Dios de las fiestas

Breno caminó hasta la princesa de los pelos verdosos y le quitó a mi gato. Tuve ganas de abrazar a mi amigo con todas mis fuerzas, pero recordé que seguía muy molesta con él.

-Ahora cuéntame, Pilar: ¿dónde encontraste a este gato?

-¡Si no me hubieras dejado sola en ese pozo, lo sabrías muy bien!

-¿Y esa hamaca de color dorado? ¿Quién te la dio?

-¡Fue mi abuelo!

-Pero tu mamá dijo que él...

-Él está perdido acá, en Grecia.

-¿Grecia? ¡¿Aquí es Grecia?!

Al oír aquello, Breno enmudeció, mirando todo a su alrededor. Mientras tanto, me puse a Samba al cuello, lista para irme. Pero cuando iba a dejar el palacio, Tiresias se acercó, señalándome a un hombre moreno de ojos verdes que acababa de llegar. Era gracioso, comía uvas y bailaba como si estuviera escuchando alguna música alegre. Tardé en darme cuenta de que, mientras caminaba, tocaba las piedras del camino transformándolas una por una en cajas de sonido. De pronto, todos estábamos escuchando una música movidísima que sonaba por las cuatro esquinas del palacio.

-¿Quién es él, Tiresias? ¿Algún mago?

–No, Pilar. Es el dios Dioniso. El dios de las fiestas, de las uvas, de las cosechas.

–¿Dios? ¿Un dios de verdad?

–Dioniso es hijo del hombre que salvaste hoy en el mar.

Breno se acercó a la conversación, intrigado con aquella historia:

–¡Qué locura! ¡Los dioses no existen!

–Claro que existen. Aquí en Grecia hay dioses que nunca dejan de existir –respondió Helena.

–¡Yo creía que los dioses eran casi invisibles, que llegaban volando! –dije, aún espantada.

–¡Yo sigo creyendo que ese hombre de allí no es ningún dios! ¡Es muy común! –dudó Breno.

–¡Ya verás cómo las fiestas de él son divinas! –afirmó Helena, acercándose a Dioniso, lista para bailar.

Yo seguía intrigada con eso y decidí preguntarle a Tiresias un poco más sobre el dios de las fiestas, que ahora bailaba allí en el salón, bien cerquita de nosotros.

–Tiresias, dime: si Dioniso es un dios, su padre también debería ser un dios, ¿verdad? Entonces, ¿cómo puede ser que casi murió ahogado?

Tiresias sonrió y, con toda la calma del mundo, intentó explicarme aquella historia complicada:

–Sucede que el padre biológico de Dioniso es Zeus, que vive allá, en el Olimpo. Sileno es el padre adoptivo, el

que crió a Dioniso aquí en la Tierra. Pero él es un mortal, como nosotros, y por eso casi murió ahogado.

–Ya entendí: ¡el dios Dioniso tiene dos padres!

–Así es, Pilar.

–Ah, ok. ¡Varias amigas de mi escuela también tienen dos padres!

Yo tengo muchas amigas con padre, padrastro, etcétera. Pero no sabía que las familias de los dioses también eran así: con muchos padres, madres, madrastras y padrastros, como las familias de nosotros, los mortales. Solo después de conversar un poco más con Tiresias terminé conociendo la historia completa del dios de las fiestas.

## ΔΙΟΝΥΣΟΣ

### DIONISO

*Dios de las grandes fiestas, de las uvas  
y de las cosechas.*

*Edad: desconocida, ¡pero parece muy joven!*

*Manía: organizar fiestas inolvidables.*

*Padre n.º 1: Zeus, que vive allá en el Olimpo.*

*Padre n.º 2: Sileno, que lo crió aquí en la Tierra.*

*Madre: Semele, mortal que se enamoró de Zeus.*

Aun con todas esas explicaciones, Breno seguía mirando a Tiresias sin saber si creía en aquella historia complicada.

—¡Solo creería que ese tal Dioniso es un dios si hiciera algo surreal!

—¡Ey, Pilar, tal vez Dioniso pueda ayudarnos a encontrar a tu abuelo! —sugirió Helena.

—¡Eso es prácticamente imposible! —exclamó Breno.

—Breno, ¿viniste aquí para ayudarme o para desalentarme?

—Pero, Pilar, tu mamá dijo que...

No escuché a Breno y quise saber la opinión del viejo y sabio Tiresias:

—¿Tú también crees que Dioniso puede ayudarme?

—¡No cuesta nada intentarlo! —dijo Tiresias.

—¡Los dioses todo lo pueden! —agregó Helena.

—Casi todo... —corrigió el pescador.

Confieso que me entusiasmé con la llegada de aquel dios. Sería maravilloso que pudiera ayudarme a encontrar a mi abuelo. Al fin y al cabo, debe ser por eso que los dioses aparecen en momentos difíciles como este, ¿verdad?

## Un pedido especial

Viendo aquella fiesta, nadie lograba quedarse quieto. Dioniso invitó a todos los del palacio a bailar: reyes, súbditos, princesa y mortales. Una ronda se formó en el centro del salón y me volví loca para aprender esa danza griega, llena de saltos y palmas, con platos lanzados al suelo; todo muy divertido. Estaba ensayando algunos pasos para poder entrar en la ronda cuando Breno, ansioso por hacerme preguntas, me llevó a un rincón:

—Me parece que es mejor que vuelvas a tu casa y...

—Escúchame, Breno: solo voy a volver después de encontrar a mi abuelo. Tienes dos opciones: me ayudas o te vas. Puedes elegir.

—Pero, ¡Pilar!

Entré al baile y dejé solo a Breno. La verdad, no tenía ningún deseo de hablar con él sobre mi abuelo. Si quería volver a ser mi amigo, tenía que hacer algo para merecerlo, pero yo aún no sabía si podía contar con él nuevamente. Además, hablar de mi abuelo me ponía muy triste y en aquel momento bailar parecía el mejor remedio. Después de girar más de cien veces, la ronda se detuvo y el dios Dioniso interrumpió la música para anunciar:

—¡Quiero hacer un brindis por quien salvó la vida de mi padre!

En ese momento, Helena me miró, muy animada; yo iba a contarle a Dioniso sobre nuestra aventura en el mar, cuando Midas se me acercó y me metió un racimo entero de uvas en la boca.

—Gracias por el brindis, Dioniso. No fue nada. Hubiera ayudado a cualquier persona que lo necesitara...

—Mereces una recompensa, mi querido rey Midas. ¡Puedes pedir lo que quieras!

—¿Cualquier cosa?

—¡Cualquier cosa!

Midas no lo pensó dos veces y, mientras yo tosía, atragantada, y Helena me golpeaba en la espalda con preocupación, el rey ambicioso hizo su pedido:

—¡Quiero que todo lo que yo toque se convierta en oro!

—¿Todo?

—¡Todo!

—¡Entonces así será! —determinó el dios, lanzando un rayo dorado sobre el rey Midas.



## Toque de Midas

Maravillado, el rey Midas resolvió probar su nuevo poder tocando un árbol del jardín. Inmediatamente el árbol se transformó en oro. Después tocó su copa de vino, que también se convirtió en oro. El pan que estaba sobre la mesa también fue tocado y transformado.

—¡Soy rico! ¡Soy el hombre más rico del mundo! —gritó Midas con la nariz para arriba.

Era impresionante ver el poder que salía de aquellos dedos, transformando frutas, flores, cubiertos, en oro. Orgulloso, Midas exhibía su toque mágico, apoyándose en todo lo que veía a su alrededor.

Cuando, finalmente, logré escupir las semillas de uva, murmuré a Helena:

—¡Esto no es justo!

—¡Es absurdo! —afirmó ella.

Breno no apartaba sus ojos de los dedos del rey Midas:

—Eso solo puede ser un truco, ¿no te parece? Si fuera verdad, el rey Midas ahora podría comprar todo lo que quisiera.

—¡Todo menos mi gato Samba! ¡No lo comprará ni con todo el oro del mundo!

—¡Lo peor es que ese poder podría haber sido tuyo! —recordó Helena.

—¿En serio? —quiso saber Breno.

Entonces, le contamos toda la historia del rescate de Sileno en el mar y él preguntó, curioso:

–Si no te hubieras atragantado con aquel racimo de uvas, ¿qué habrías pedido, Pilar?

–¡Pediría encontrar a mi abuelo!

–Pero, Pilar...

–¡Breno! ¡Voy a encontrar a mi abuelo, no importa dónde esté! ¿Entendiste?

Breno iba a decir algo más, pero nuestra conversación fue interrumpida por el vozarrón del rey Midas, que se acercaba a nosotros dirigiéndose a su hija:

–¡Puedes pedir lo que quieras, princesa Zoé! ¡Puedo comprar todo!

Una vez más, noté que ella miraba a Samba:

–Yo quiero el gato de...

Pero antes de que ella terminara de formular el pedido, su padre la tocó en el brazo, olvidándose de su poder, y así transformó a su hija en estatua de oro. Helena soltó un grito de horror y todos nosotros retrocedimos, nerviosos. Miré a Tiresias, sin entender bien aquello:

–¿Cómo es esto? ¿La gente también puede convertirse en oro?

–¿No fue eso lo que Midas pidió? ¿Que todo lo que tocara se transformara en oro?

–¡Es mejor que nos vayamos corriendo ahora! –gritó Helena, temblando de miedo.

–No es solo un truco de magia, Pilar. ¡Creo que él, de verdad, convierte todo en oro! –murmuró Breno, boquiabierto.

–¡Claro que es verdad! Y su ira ahora también es en serio –dije.

El rey estaba furioso y caminaba hacia nosotros con los ojos enrojecidos de odio:

–Todos ustedes también van a transformarse en oro.

Midas quiso acercarse a mi brazo y me moví hacia atrás, antes de que lo intentara nuevamente. Entonces, Samba saltó rugiendo, hecho un león, y rasguñó el brazo del rey.

Pero, al instante, Midas aferró a mi gato por la cola y lo lanzó lejos, ya transformado en oro. No pude contenerme y grité:

–¡Rey maldito! ¿¡Qué le hiciste a mi gato!?

Iba a correr hacia él, pero Breno me sujetó del vestido.

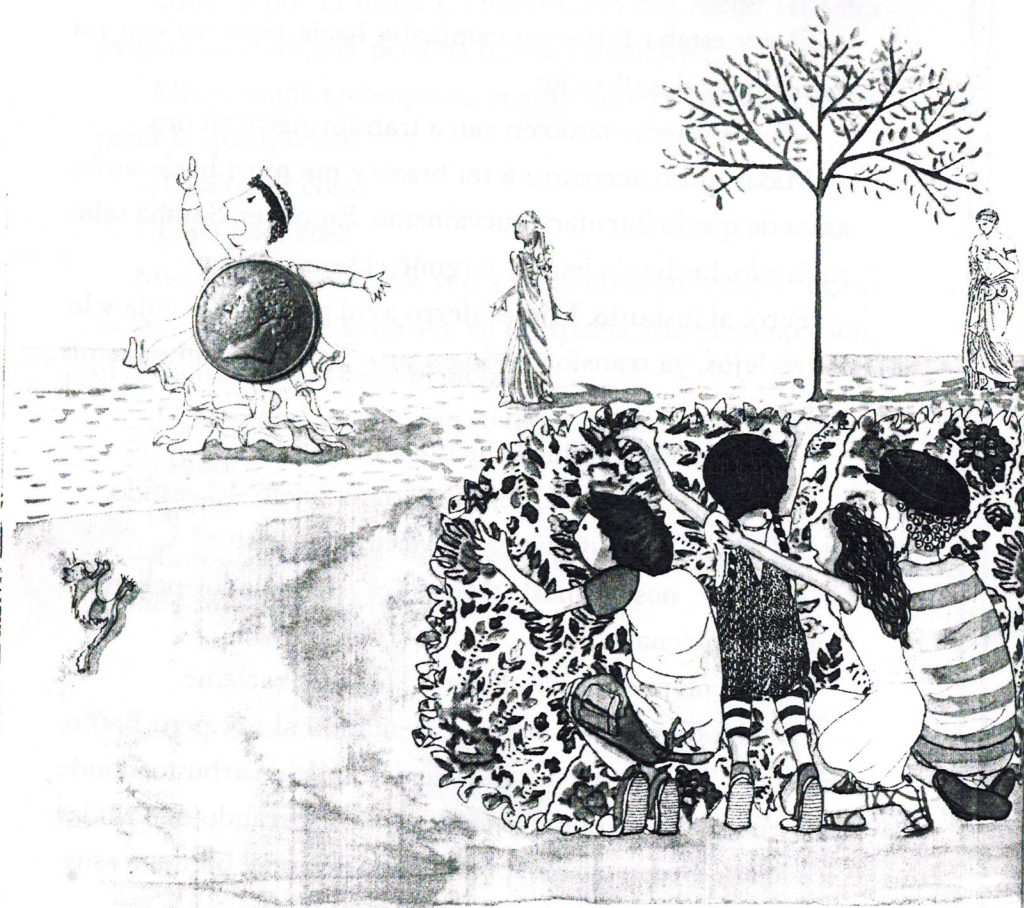
–¡Calma, Pilar! ¿Quieres convertirte en estatua?

–¡Mejor nos vamos! ¡Midas es demasiado peligroso! –insistió Helena.

–¡Pero no puedo abandonar a Samba! –exclamé.

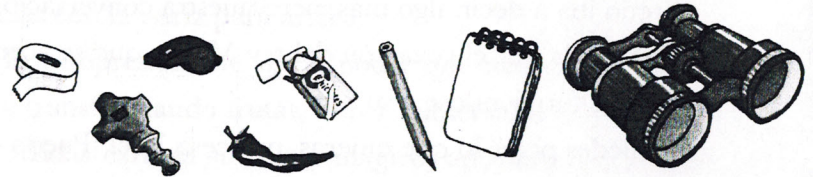
Estaba dispuesta a seguir enfrentando al rey, pero Breno, Helena y Tiresias me arrastraron detrás de un arbusto, donde nos quedamos escondidos, en silencio, esperando que Midas se alejara. Breno parecía preocupado por mí y bastante asustado con lo que acababa de ver:

-Mejor vayamos a buscar a tu abuelo a otro lugar, Pilar.  
-¡No, Breno! Ese rey debe hacer que Samba vuelva a ser un gato normal. ¡No saldré de aquí sin mi mascota!



## Entre el poder y la vida

Estábamos escondidos detrás del arbusto, sin saber qué hacer, cuando escuchamos sonido de agua y Breno me pidió que le prestara los binoculares. Él sabe que en mi súper bolsillo tengo varias cosas útiles, como cinta adhesiva, un silbato, pimienta, goma de mascar, lápiz, cuaderno de notas y también unos viejos binoculares que había usado mi abuelo.



Se los alcancé, enfocó al rey Midas y luego comenzó a reír.  
-¿Qué pasó? -pregunté, curiosa.  
-Creo que el hechizo se volvió en contra del hechicero.  
¡Mira con tus propios ojos, Pilar!

Los binoculares pasaron de mano en mano para que todos pudiéramos ver lo que había ocurrido. Después de haber sido rasguñado por Samba, Midas decidió lavar su brazo sucio de sangre en una de sus tantas piscinas. Pero, en cuanto tocó el agua, la piscina se transformó en oro macizo y él quedó atrapado allí, sin poder moverse.

-¡Ahora ese rey va a tener que escucharme! -dije, decidida.  
-¡Cuidado, Pilar! Ese hombre es peligroso -se estremeció Helena.

–Quédate tranquila. El rey está completamente inmovilizado  
–afirmó Breno.

–¡Vamos todos hasta allí! –sugirió Tiresias.

Al llegar a la piscina de oro, Midas tuvo el atrevimiento de intentar darnos algunas órdenes:

–¡Llamen a mi servidumbre! ¡Convoquen a mis súbditos!  
¡Rápido!

–¡Calma! Tú no mandas más a nadie, ¿sabías?

Todos tus súbditos abandonaron el palacio por miedo a transformarse en oro –le comunicué.

Enseguida, levanté la estatua de Samba, que estaba en el suelo, y la puse bien cerca de la nariz del rey:

–¡Mira lo que hiciste con mi gato!

–¡Ese no es mi problema! –dijo Midas, volviendo el rostro, como si no fuera responsable de aquello.

Como el rey estaba atrapado y no podía moverse, insistí en mostrarle a Samba hasta que admitiera su error.

–Lo hecho, hecho está. ¿Qué puedo hacer ahora? –continuó el rey, otra vez volviendo la cara hacia un costado.

–¿Qué te parece si llamas al dios Dioniso y le pides que todo vuelva a ser como antes? –sugerí.

–¿Y perder mi poder? ¿Ahora que soy el hombre más rico del mundo? ¡Jamás!

–¿Quieres decir que prefieres quedarte preso allí en el suelo para siempre? –pregunté.

Al parecer, el poder de fabricar oro era lo más valioso para aquel rey materialista. Miré a Helena y a Breno y empezamos a alejarnos de allí:

–¡Vámonos ya! ¡Que se quede solo!

Tiresias entendió el plan y vino con nosotros:

–Infeliz, va a terminar muriendo de sed...

–O de hambre –completó Breno.

Al vernos partir, el rey finalmente decidió razonar un poco y gritó, preocupado:

–¡Esperen! ¡Regresen! ¡No quiero morir!

Tiresias volvió sobre sus pasos, llegó cerca de él y dijo una vez más, con su voz firme y calma:

–Tienes que elegir, Midas: ¿tu vida o el poder?

En ese momento, vimos algunos rayos cortando el cielo, seguidos de truenos que hacían temblar todo. Asustado, el rey soltó un suspiro, desistiendo:

–Está bien. ¡Llamen a Dioniso! ¡Rápido!

Helena, que moría de miedo por los rayos y truenos, quería salir corriendo hacia el palacio, pero notó que yo estaba inmóvil, exactamente en el mismo lugar.

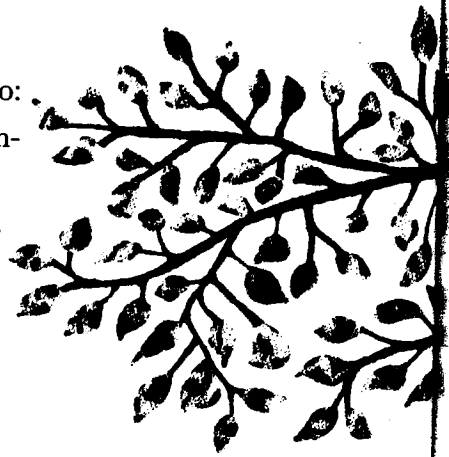
Aún más: saqué de mi bolsillo un bello silbato para llamar pajaritos y me quedé allí haciéndolo sonar, mirando a los árboles, sin ninguna prisa.

–¡Vamos, Pilar! ¡No es hora de llamar a los pajaritos! Creo que Dioniso aún está en el palacio –dijo Helena.

No me moví por un simple motivo: detesto recibir órdenes de gente mandona y maleducada como ese rey.

—Solo iré si Midas dice esas palabritas mágicas que todo el mundo conoce. Estoy esperando...

Y me volví para hacer sonar el silbato con calma, porque a veces es más fácil dialogar con pájaros que con ciertas personas.



## Dos para allá, dos para acá

Midas seguía atrapado en la piscina, echado en el suelo y sin decir las palabritas mágicas.

—¡Un rey tan poderoso y tan maleducado, qué vergüenza! —comentó Helena.

—Parece que, por falta de uso, olvidó aquellas palabras que todo el mundo conoce —dijo Breno.

—¡Creo que nunca las aprendió! —agregué.

—Está bien, está bien... Ayúdenme... **¡Por favor!** —murmuró Midas, por lo bajo.

¡Ahora sí podíamos ayudarlo! Breno, Helena y yo corrimos hasta el palacio y encontramos al dios Dioniso bailando con Sileno, muy animados, delante de la estatua de la princesa Zoé. No era nada fácil convencer a un dios festivo como aquel para que interrumpiera el baile. Pero tenía que intentarlo.

—¡Dioniso, debes venir conmigo! ¡Es urgente!

—¡Vamos a bailar, chicas! ¡Vamos a celebrar la vida!

Dioniso se acercó a Helena y ella no logró resistirse.

¿Quién rechazaría una invitación de aquel dios griego? Miré a Breno sin saber qué hacer y, para mi sorpresa, él también me empujó a bailar. Yo no entendía nada: a Breno, generalmente, no le gusta bailar...

—Ven, Pilar. Así nos acercamos a Dioniso y le explicas el problema —me dijo. //



Enseguida logramos aproximarnos al dios de las fiestas y, cuando sonó una música más tranquila, aproveché para hablar:

–Dios Dioniso, el rey Midas se arrepintió del poder que recibió y...

–Demasiado tarde. Le concedí lo que él pidió. ¡Ahora está hecho! –respondió sin dejar de girar.

Al parecer, hablar sobre Midas no iba a resolver el problema. Entonces, respiré hondo y decidí contar lo que había ocurrido en la playa.

–Dioniso, ¡Midas no debería haber recibido ese poder porque no fue quien salvó a tu padre! Fui yo, con la ayuda de mis amigos.

Con un chasquido de dedos, detuvo la música y me escuchó, un poco irritado:

–¿Por qué no lo dijiste cuando lo pregunté?

–¡Porque el rey Midas me metió un racimo de uvas en la boca! –dije.

–¿Tú recuerdas a esta chica, padre? –preguntó Dioniso a Sileno.

–Me pareció que había visto una sirena allá en el mar, muy parecida a ella...

–¡Las sirenas no existen! –exclamó Breno, casi estropeando todo.

–¡Yo también estaba allí! ¡Es cierto! –dijo Helena.

*¿Se imaginan?! Yo, sirena...*



—¿Y si hablas con Midas? Apuesto a que él va a confirmar todo —sugerí.

Dioniso y Sileno nos acompañaron hasta la piscina en la que el rey estaba atrapado. Cuando vio a Midas echado en el suelo, con las manos presas en el oro, el dios de las fiestas empezó a reír. Después abrió una botella de vino y preguntó, de una manera un tanto sarcástica:

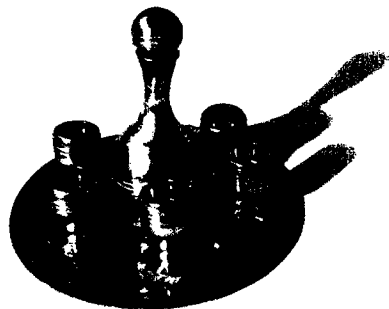
—¿Tienes sed, Midas? ¿Qué tal un poco de vino?

Midas asintió y abrió la boca, desesperado. Dioniso vació el vino directamente en los labios del rey, pero en cuanto la bebida tocó su boca, Midas comenzó a toser, atragantado, escupiendo varias pepitas de oro.

—Pero ¿qué tenía ese vino? —gritó, perturbado.

—¡El vino se convirtió en oro, mi querido! ¿No fue ese tu pedido? ¿Que todo lo que tocaras se transformara en oro?

—rio Dioniso.



## Una ayuda divina

El rey, que antes caminaba orgulloso por el palacio, ahora lloraba como un niño frente a nosotros, ¡pero no inspiraba la menor lástima! Cuando vio que aquel drama no convenía a nadie, dejó de llorar y pude pedirle:

—Ahora, Midas, cuéntale al dios Dioniso: ¿quién salvó a Sileno del mar?

Casi sin fuerzas, echado en el suelo, exhausto y derrotado, Midas levantó la cabeza y dijo:

—Fue ella...

—¡En realidad, fuimos todos nosotros! ¡Todos ayudaron! —aclaré, señalando a mis amigos.

—Aleja de mí este poder horrible, Dioniso. ¡Que todo vuelva a ser como antes! —rogó Midas.

—¿Estás seguro?

Midas dijo que sí y, con un rayo dorado, Dioniso deshizo el encantamiento de todo lo que el rey había transformado en oro. Samba vino a mi regazo, maullando bajito, loco por un mimo.

—¡Fuiste un verdadero héroe, Samba! —elogié, abrazando a mi gatito querido.

Después, todos quisieron acariciar a Samba y, mientras él iba de un lado a otro, vimos correr a la princesa Zoé, que huía de su propio padre.



–¡Vuelve aquí, hija! ¡Papá te adora! –gritaba Midas.

–¡No te acerques a mí! –chillaba Zoé, con pánico.

La verdad es que nos reímos mucho de ese par de nobles tan poco nobles. ¡Ahora se entenderían entre ellos!

Dioniso quería retomar la fiesta, pero Sileno parecía cansado y bostezó.

–Vamos, hijo. Ya viví demasiadas aventuras por hoy.

–Es cierto, padre. ¡Como buen mortal, mereces un descanso!

–Solo falta una cosa: la recompensa para la chica-sirena –recordó Sileno.

Entonces, Dioniso me miró y sonrió con generosidad:

–¡Puedes pedir lo que quieras!

Miré a Breno, llena de esperanza, y pedí al dios de las festividades:

–¡Quiero encontrar a mi abuelo!

–¿Es algún dios? –preguntó Dioniso.

–Bueno, la verdad... él es bastante humano.

–¿Un mortal? ¡Pero el mundo está repleto de mortales!

¿Cómo voy a adivinar dónde está tu abuelo?

–¡Eres un dios! ¡Creí que los dioses sabían todo! –exclamé, afligida.

Breno me miró, moviendo la cabeza; ya quería irse de allí.

–Vamos, Pilar. ¡Por algo yo decía que este no era tan dios!

Pero Helena resolvió insistir con Dioniso, mostrando que realmente creía en él:

–Por favor, Dioniso, ¡tú eres un dios! Ayuda a Pilar a encontrar a su abuelo.

–¡Intenta ayudar, hijo! –insistió Sileno.

–Está bien, está bien. Pero esto no es mi especialidad. Si quieres encontrar a un mortal perdido en este mundo inmenso, vas a tener que hablar con mi otro padre: ¡Zeus!

–¿Y qué hago para hablar con él? –pregunté, ansiosa.

–Él vive en el Olimpo, encima de las montañas, en lo alto de las nubes. Pocos mortales logran llegar hasta allí.

–¿En lo alto de las nubes? Pero solo llegaríamos allá si voláramos en aviones y nos lanzáramos en paracaídas –bromeó Breno.

–Iré adonde sea necesario. ¡Dinos qué debemos hacer y lo haremos! –pedí con toda la fuerza de mi voluntad.

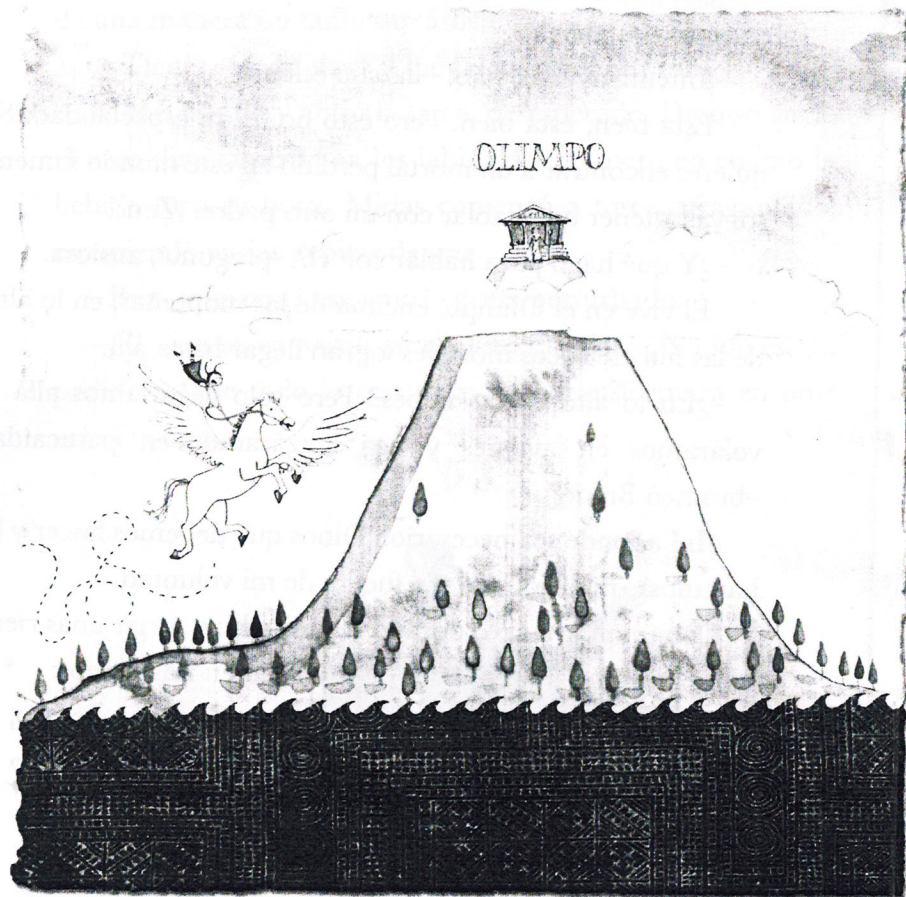
Con un nuevo rayo dorado, Dioniso hizo surgir unas riendas relucientes, maravillosas, que colocó en mis manos:

–Toma estas riendas de oro e intenta domar a Pegaso, el caballo alado. Solo él puede llevarlos al Olimpo. Es todo lo que puedo hacer. ¡Ahora vámonos, padre mío!

Diciendo eso, Dioniso se perdió con Sileno en una nube de hojas, dejando como rastro apenas algunas semillas de uva.

Miré las riendas de oro; no podía creer aquella oportunidad.

—Tengo que lograrlo. Lo voy a lograr. ¡Caramba! ¿Lo lograré?



## Larga jornada

Cansados, Breno y yo nos dormimos en la casa de Helena, cada uno con la cabeza en un lado de la hamaca. Samba se metió en mi súper bolsillo y me dio calor durante la noche fría.

Al día siguiente, bien temprano, cuando el sol apenas despuntaba en el horizonte, Tiresias vino a despertarnos para buscar al famoso caballo alado:

—¿Todos listos? ¡Tenemos que salir ya, pues la caminata será larga!

Salté de la hamaca con Samba y desperté al perezoso de Breno, mientras Helena tomaba algunas frutas secas para comer durante el viaje. En el camino, Tiresias fue contándonos la historia de Pegaso y respondiendo a nuestras mil y una preguntas:

—¿De qué color es el caballo alado, Tiresias?

—Es todo blanco, Breno, con alas inmensas.

—Pero ¿existen muchos caballos alados, aquí en Grecia?  
—preguntó Breno, siempre dudando de todo.

—¡Pegaso es el único caballo alado del universo! Nació en el momento exacto en que el guerrero Perseo cortó la cabeza de la terrible Medusa.



ΜΕΔΟΥΣΑ

MEDUSA

*Tenía serpientes en la cabeza.  
Quien la miraba se transformaba en piedra.  
También era llamada Gorgona.  
Fue derrotada por Perseo, ¡bien hecho!  
No me gustan los seres que paralizan a otros.*

—Medusa era aquella que tenía serpientes en vez de cabello, ¿verdad? —intenté recordar.

—Ella misma. Quien miraba a Medusa se convertía en piedra al instante —dijo Helena.

—Si no era posible mirarla, ¿cómo fue que ese tal Perseo logró cortar su cabeza? —indagó Breno.

—Ah, fue muy astuto. Usó un escudo como espejo y, por el reflejo, la vio aproximarse. Al notar a Gorgona bien cerca, tomó la espada y... ¡zas! ¡Le cortó la cabeza! —contó Tiresias.

—¡Astuto es poco! ¡Fue genial! Pero cuéntame, Tiresias: ¿Perseo era así como nosotros, totalmente mortal? —quise saber.

—No. Perseo era hijo de Zeus con la mortal Dánae.

—¡Un semidiós, como Hércules! —comentó Helena.

—Ya noté que eres súperfan de Hércules, ¿verdad, Helena?

Todo el tiempo hablas de él.

—¡Sí, lo soy! ¡Hércules es el mayor héroe de toda Grecia! ¡Inigualable! ¡Insuperable! —exclamó.

—¡Pues yo soy más fan de Perseo! —suspiré.

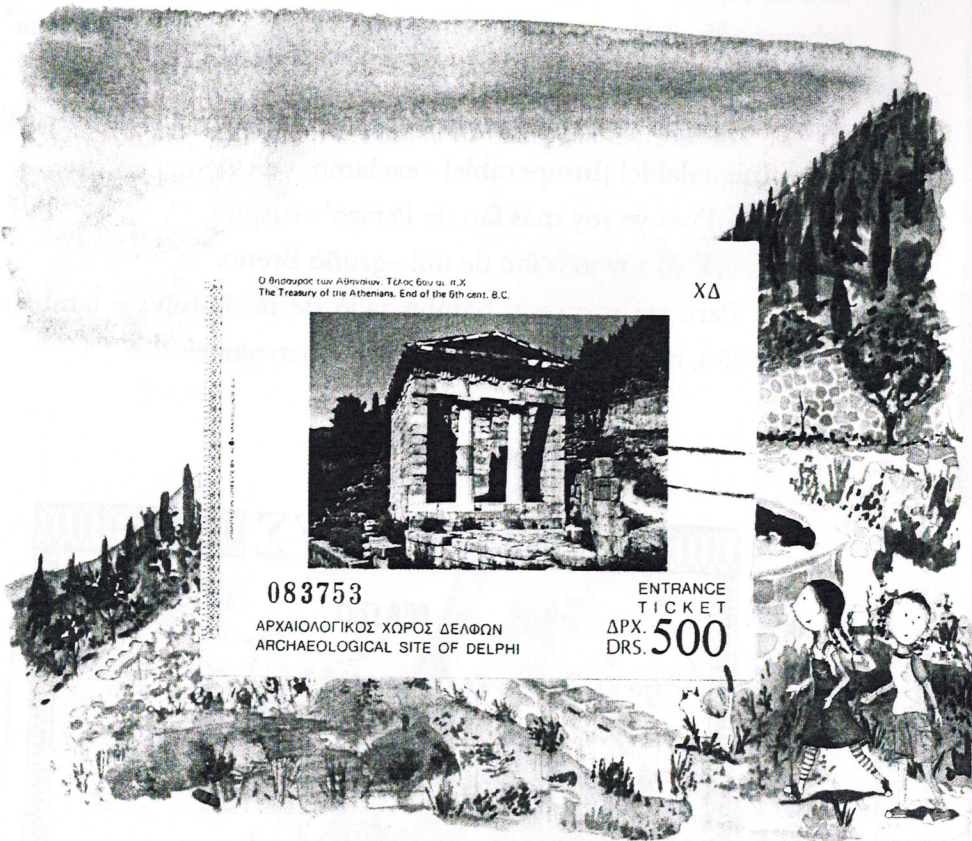
—¡Y yo soy más fan de mí! —gruñó Breno.

Para mi sorpresa, Samba salió de mi bolsillo y también gruñó, celoso. ¡Tuve que reír! ¡Qué personaje!

ΠΕΡΣΕΥΣ

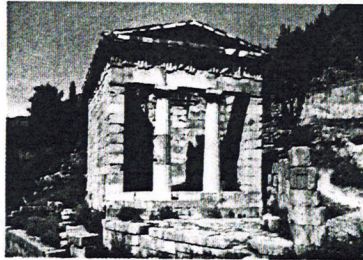
PERSEO

*Hijo de Zeus y de la mortal Dánae.  
Muy astuto.  
¡Decapitó a Medusa usando su escudo  
como espejo!  
¡Me hice fan de él!  
¡Amo a los héroes inteligentes!*



Ο θησαυρός των Αθηνών. Τέλος βουλ. π.Χ.  
The Treasury of the Athenians. End of the 6th cent. B.C.

XΔ



083753

ΑΡΧΑΙΟΛΟΓΙΚΟΣ ΧΩΡΟΣ ΔΕΛΦΩΝ  
ARCHAEOLOGICAL SITE OF DELPHI

ENTRANCE  
TICKET  
ΔΡΧ. 500  
DRS. 500

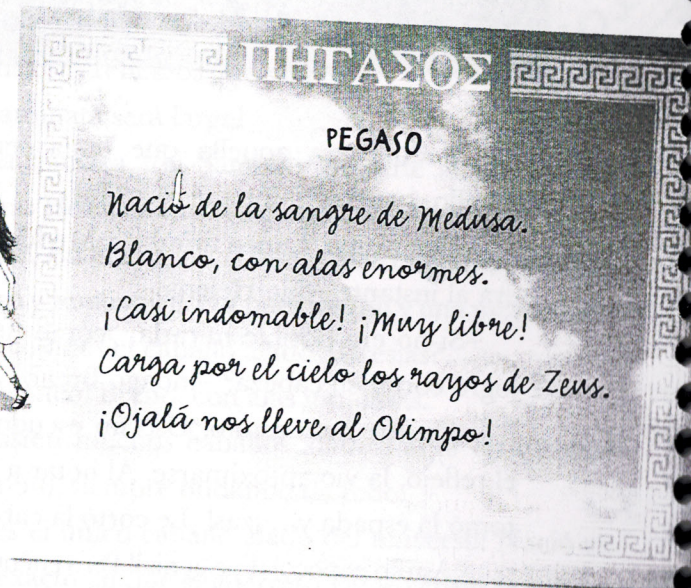
## El caballo alado

Mientras caminábamos, escuchábamos a Tiresias contar cada detalle de la historia de Pegaso.

—¿Pegaso nació de la barriga de Medusa? —quise entender.

—De la sangre derramada de su cabeza, nació el caballo con inmensas alas blancas que hasta hoy sirve a Zeus, cargando sus rayos de un lado a otro —completó Tiresias.

Cuando el sol ya estaba bien alto, Tiresias nos mostró una fuente que brotaba de una piedra:



PEGASO

*Nació de la sangre de Medusa.  
Blanco, con alas enormes.  
¡Casi indomable! ¡Muy libre!  
Carga por el cielo los rayos de Zeus.  
¡Ojalá nos lleve al Olimpo!*

—Aquella es la fuente de Hipocrene. Surgió por una patada de Pegaso.

El agua que brotaba era tan límpida y cristalina que no resistí y corrí a beber unos sorbos. Tiresias intentó decirme algo, pero yo tenía mucha sed y no me detuve para escuchar. Breno estaba preocupado, y quiso saber si el agua podía hacerme daño:

—No me digas que está contaminada... ¿Pilar puede morir? ¿Tiene hepatitis? ¿Lombrices?

—¡No, nada grave! Es que es una fuente especial. Quien bebe de esa agua gana el don de la palabra.

—¿Eso quiere decir que siempre voy a tener muchas historias para contar? —pregunté.

—¡Creo que eso quiere decir que vas a hablar sin parar! ¡Voy a necesitar unos protectores de oídos! —respondió Breno, lamentándose.

Vimos que varios poetas pasaban por la fuente de Hipocrene con vasos de cerámica que llenaban y llevaban a sus casas. Tal vez esa agua los ayudara a inspirarse. Cansados, elegimos la sombra de un árbol para protegernos del fuerte sol. Nos quedamos unas cuantas horas allí, esperando que el caballo alado viniera a tomar agua, ¡pero nada! Mientras tanto, decidí contarles toda mi vida a Tiresias y a Helena.

Hablé. Hablé mucho. Creo que eso pudo ser algún efecto de la fuente de Hipocrene.

De pronto, una enorme sombra nos cubrió y sentí un escalofrío. Me levanté de un salto y, junto a la fuente, vi posarse al ser más lindo del planeta: un caballo enorme, todo blanco, con dos alas gigantescas cubiertas de pequeñas plumas. ¡Solo podía ser Pegaso!

—¡Es increíble! —suspiré maravillada.

¡Cómo deseaba tocar a ese ser mágico! En el suelo, encontré una pluma de su ala. Un pie primero, un pie después, intenté acercarme, con mucho cuidado para no asustarlo. Ya casi estaba tocando una de sus alas, cuando Samba salió de mi bolsillo rugiendo, ¡hecho un león en miniatura!



*pluma de Pegaso*



## Por los aires

¡Tuve que reprender a Samba! Si yo corriera algún peligro, ¡él podía defenderme! Pero contra todo y todos, ¡ya era demasiado!

–¡Compórtate, Samba! ¡Pareces un salvaje! ¡Pegaso es un amigo!

Muy asustado, el caballo alado relinchó y retrocedió, alejándose de la fuente. Solo le faltaba batir las alas y volar.

–No te vayas, por favor... necesitamos tu ayuda –le pedí.

De pronto, vi que Breno estaba listo para saltar, desde lo alto de un árbol, encima del inmenso caballo:

–Déjame a mí, Pilar. ¡Soy bueno cabalgando!

Breno saltó de una rama y cayó exactamente sobre el lomo de Pegaso, que comenzó a corcovear y relinchar, furioso. Tuvo que aferrarse a las crines para no caer.

¿Qué pensaba? ¿Que era un cowboy? ¡Yo quería retorcerle el cuello!

–Basta, Breno. Si lo fuerzas, nada va a salir bien. Déjame conversar con Pegaso.

–¿Conversar con un caballo? ¡Esa es buena! ¿Sabes cuándo puede llegar a entenderte? ¡Nunca!

En ese momento, Pegaso se enderezó una vez más y consiguió arrojar a Breno al suelo. Corrí a ver si mi amigo estaba bien, y luego me eché a reír.

—Eres muy testarudo, ¿sabías?

—Y tú eres muy ingrata. ¿Ni siquiera me vas a dar las gracias? Tu amigo consiguió colocarle las riendas de oro a la fiera indomable, ¡mira!

—Prefiero resolver esto con una buena conversación en “pegasés”.

Enseguida, me alejé de Breno y Samba, y fui a hablar con aquel caballo único.

—Necesito tu ayuda, Pegaso. Mi abuelo desapareció y tengo que hablar con Zeus. ¿Podrías llevarme al Olimpo?

Parecía que Pegaso realmente me estaba entendiendo, pues relinchó y sacudió su cabeza diciendo que no. De todos modos, continué:

—Tal vez ya hayan intentado domarte, tal vez alguien haya deseado ser tu dueño para siempre. Pero nosotros no queremos nada de eso. Apenas lleguemos al Olimpo, te quitaré las riendas y te irás, libre. Lo prometo.

Pegaso soltó un suspiro y logré hacerle un mimo en sus orejas. Mientras tanto, pude escuchar a Breno comentando con Tiresias:

—Pilar enloqueció. Imagina si un caballo pudiera entender lo que una persona dice...

—Pero ella bebió agua de la fuente, ¿lo olvidaste? —recordó Tiresias.

—Si esa agua tiene poderes, necesito investigar mejor. ¿Tienes algún recipiente en tu súperbolsillo, Pilar?

Mientras Breno llenaba de agua la botellita que le di, para sus experimentos, seguí intentando vencer a Pegaso para que nos llevara al Olimpo.

—Imagino que el viaje será largo, pero sé que siempre vuelas hasta el Olimpo, transportando los rayos para Zeus, ¿verdad? Nosotros solo queremos que nos lleves de ida, por favor...

Súbitamente, vi al caballo alado descender, listo para ser montado.

—Guau, qué amable. ¡Muchas gracias, Pegaso! ¡Vengan todos! ¡Vamos a partir!

Breno quedó admirado y vino corriendo para subirse.

—Después tendrás que enseñarme a hablar “pegasés” —bromeó.

Le extendí mi brazo y subió al enorme caballo, trayendo consigo a Samba. Entusiasmado, Tiresias se acercó también. Solo Helena parecía temerosa.

—Vamos, Helena. ¡Cabemos todos aquí! —exclamé.

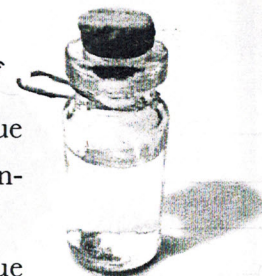
—¡El Olimpo es muy lejos, esto es demasiado peligroso!

Entonces Tiresias la miró y le dijo de forma muy calma y segura:

—Esta es una oportunidad única, Helena. Será mejor no perder el viaje. ¡Vamos ya!

Una vez que estuvimos todos arriba, solté un poco las riendas de oro para que Pegaso corriera bastante, ganando velocidad para el vuelo.

BÉBEME



-¿Dónde está exactamente el Olimpo? -quiso saber Breno.

-En la cima del mundo, por arriba de las nubes -dijo Tiresias.

-¡Guau! ¡Nunca imaginé ir tan lejos! -exclamó Helena.

-Entonces ¿qué les parece empezar a imaginar un poco más? -bromeé.

Pegaso comenzó a galopar veloz, cada vez más veloz, hasta que despegó y salimos volando por los aires.



## MÚSCULOS Y HUESOS

¡Qué bonito es el mundo visto desde lo alto! Las personas se ven pequeñas, las casas parecen de juguete y solo las montañas y el mar siguen inmensos. Cuanto más subimos, más infinito parece el universo. Encima de las nubes, el silencio es absoluto, una tranquilidad increíble. Volando con Pegaso, solo escuchábamos el sonido de sus alas batiendo contra el viento.

Después de sobrevolar las montañas y sobrepasar todas las nubes, vimos las dos torres monumentales de un enorme palacio flotando en el cielo. ¡Solo podía ser el Olimpo!

-¡Esto es increíble! -exclamó Breno, boquiabierto.

-Viniste hasta aquí buscando algo "creíble", ¿verdad? -bromeé.

Todos estábamos maravillados, admirando aquella construcción gigantesca, cuando fuimos cercados por extraños peces voladores.

-¡Salgan, váyanse!

Intenté ahuyentarlos, pero fue inútil. ¡Mi gato, goloso como siempre, al ver a los peces, saltó desde mi bolsillo a la nada!

-¡Samba! ¡Vuelve aquí! -grité, aterrada.

Fue inútil. ¡Él no sabía volar y cayó desde lo alto! Mientras yo pensaba en las peores cosas que podrían sucederle a mi gatito, Pegaso relinchó y se enderezó, asustado con los peces.

voladores. ¡No tuvimos tiempo de evitar la caída! Nos deslizamos y también caímos. Por suerte, descendimos sobre nubes blandas, en las que Samba ya saltaba de un lado a otro, firme y fuerte. Las riendas doradas cayeron enseñuida, justo a mi lado, y tuve la certeza de que Pegaso estaba de nuevo libre, volando por el cielo. Al levantarnos, vimos a un hombre fortísimo, casi un gigante, acercarse a preguntarnos:

—¿Ustedes vinieron para los Juegos Olímpicos?

—¡Ah, sí, vinimos, sí! ¡Pero aún no compramos nuestros tickets! —improvisé.

—¿No reconocieron mis bíceps, mis tríceps?

Breno miró con desconfianza al fortachón y susurró en mi oído:

—¿Quién será este “cuádriceps”?

Entonces, vimos a Helena levantarse con los ojos brillando y tomar la mano del casi gigante, con una enorme sonrisa:

—¡Por Zeus! ¡Tú solo puedes ser el gran, el enorme, el colosal Hércules!

—El mismo. ¡En músculo y hueso! ¡Encantado!

—Encantadísima —dijo Helena, sin poder soltar la mano de su héroe favorito.

La admiración de Helena era bastante comprensible, al fin y al cabo: Hércules era realmente el hombre más fuerte y musculoso que vi en mi vida. Tenía muchas cicatrices en el cuerpo y venas que parecían saltar de la piel. Todo eso porque, como

me contó mi abuelo, había realizado solo los famosos 12 trabajos, que incluían matar al León de Nemeia y liquidar a la terrible Hidra de Lerna. Por esas y otras razones es considerado, hasta hoy, el mayor héroe griego de todos los tiempos.

Cuando finalmente soltó la mano de su amado Hércules, Helena vino a comentarme, en voz bajita:

—Él es hermoso, maravilloso, totalmente perfecto, ¿no crees?

—¿No tendrá algunos defectos, Helena? De todos modos, es impresionante —tuve que admitir.



## ✻ ΗΡΑΚΛΗΣ ✻

*Cosas que mi abuelo me contó sobre HÉRCULES*

*Es hijo de Zeus con la mortal Alcmena.*

*Creo que es un semidiós.*

*En griego se lo conoce como Heracles.*

*Es increíblemente fuerte, lleno de músculos y cicatrices. Enorme, casi un gigante.*

*Entre los famosos 12 trabajos que realizó, liquidó al León de Nemeia y derrotó a la terrible Hidra de Lerna.*

*¡Después de eso, se convirtió en el mayor héroe de Grecia!*

*Helena está enamorada de él.*

## Dios de los dioses

Eran tantas las historias que había escuchado sobre Hércules, que casi me pareció estar frente a un viejo conocido. Por eso, me sentí muy cómoda para contarle un poco más sobre nuestra búsqueda.

—...Y así fue como vinimos a parar aquí. Ahora solo nos falta hablar con Zeus y pedirle una ayudita para encontrar a mi abuelo.

—No es fácil hablar con Zeus. Pero voy a ayudarlos a entrar al Olimpo. Tengo tickets de sobra para los Juegos, ¡y todos podrán alentarme en la gran carrera!

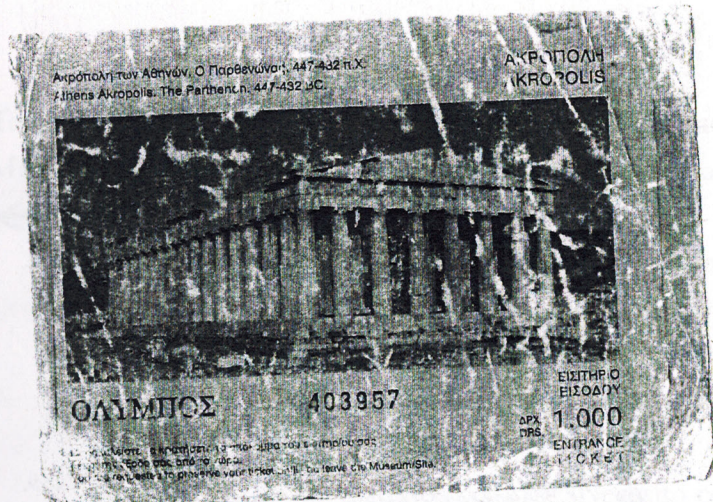
En ese momento, Breno, a quien ya no le caía tan bien Hércules, me dijo al oído:

—¿Quién dijo que voy a alentarlo? ¡Qué sujeto tan engreído!

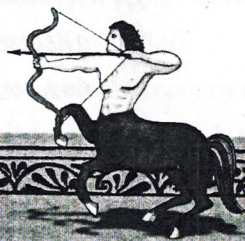
Helena, por el contrario, parecía dispuesta a seguir a Hércules dondequiera que él fuese. Los dos se alejaron y, cuando nos dimos cuenta, ya estaban entrando en el Olimpo. Corrimos hacia ellos, con prisa, y vimos centauros armados con arcos y flechas custodiando las puertas.

—¿Esos guardias son hombres o animales? —preguntó Breno a Tiresias.

—Mitad y mitad —respondió, como si encontrar centauros por el camino fuera lo más natural del mundo.



*Ingreso al Olimpo*



## KENTAΥΡΟΣ

*Cosas que mi abuelo me contó sobre los CENTAUROS*

*Seres mitad caballos, mitad hombres.*

*Creo que no existen centauros.*

*Algunos son mansos; otros, violentos.*

*Aman el vino.*

*Un famoso centauro llamado Quirón pasó a ser una bella constelación cuando murió.*

## ΟΛΥΜΠΟΣ

### ΟΛΙΜΠΟ



*Templo de todos los dioses.*

*Está en la cumbre del mundo.*

*Es casi imposible para un mortal llegar al Olimpo, ¡aun con la ayuda de Pegasus!*

*En Grecia existe también el monte Olimpo, de 2919 metros de altura.*

*¡Tal vez desde allí sea posible ver a los dioses!*

Dioses, semidioses, ninfas, centauros y otros seres raros estaban codo a codo en el anfiteatro. Encontramos nuestras ubicaciones y me encantó sentarme en aquel lugar hecho de nubes. Los asientos eran increíblemente suaves, bien distintos de los que había en los estadios a los que estábamos acostumbrados. En una nube grande, encima del anfiteatro, vimos los tronos donde se sentarian Zeus y Hera. Cerca de allí, las ninfas ordenaban manjares deliciosos: panales de miel, dátiles, uvas, olivas rellenas con queso. Vi también, en un cuenco de cristal, un dulce reluciente y se me hizo agua la boca. Claro que mi gato goloso también reparó en aquella maravilla y soltó un maullido, lamiéndose los bigotes.

—Tienes razón, Samba. ¡Parece exquisito! ¿Qué dulce es aquel en el recipiente de cristal, Tiresias?

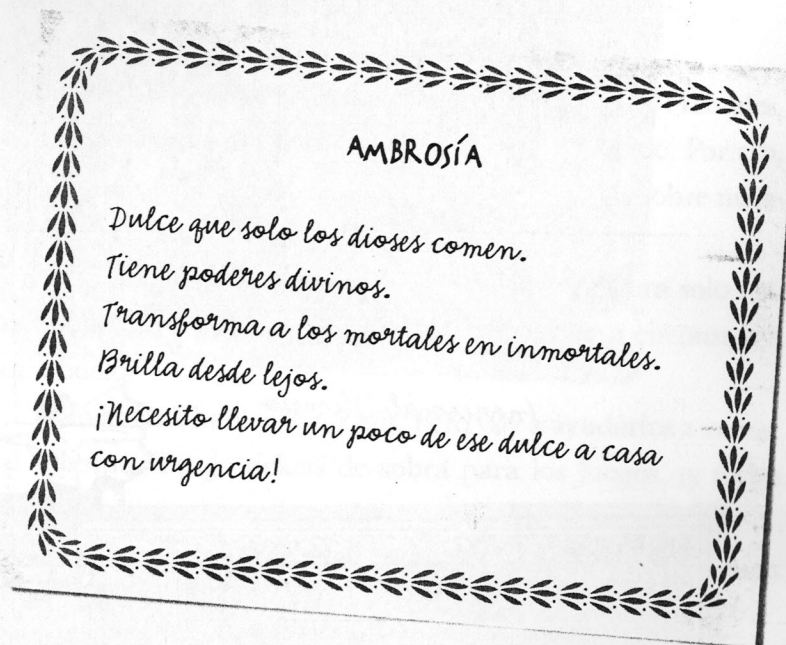
—Es la ambrosía de los dioses, Pilar. Solo ellos y los elegidos por ellos pueden comerla...

—¿La ambrosía de los dioses? ¿Aquella que puede transformar a mortales en inmortales?

—¡Esa misma!

—¡Mi abuelo me había prometido que me traería un poco! —dije.

—Eso no es para la gente común. Solo quien se torna héroe, como Hércules, es elegido para comer ambrosía y volverse inmortal —agregó Helena.



—¡Pero si yo pudiera, llevaría un poco para mi abuelo y para toda mi familia! ¿Nunca pensaste en poder vivir para siempre? —respondí.

Desde lo alto del anfiteatro, Breno descubrió una ventana que daba hacia el exterior del Olimpo y me codeó, impresionado:

—Mira eso, Pilar. ¡Se puede ver el mundo entero desde aquí, en la cima!

—¡Qué increíble! ¿Servirá para encontrar a mi abuelo?

Junto a Breno, intentamos identificar muchas de las cosas inmensas de este mundo. Conseguimos ver la Acrópolis, la

Torre de Pisa, la Torre Eiffel, la Estatua de la Libertad, la Muralla China y hasta el Cristo Redentor. Pero no logramos ver a nadie.

—¿Podrá Zeus distinguir a las personas desde aquí en lo alto? —pregunté.

—Él tiene ojos muy especiales. Con el negro puede ver bien de cerca, mientras que el ojo azul divisa increíblemente lejos —contó Tiresias.

—¡Guau! ¿Tiene ojos de distintos colores? ¡Necesito conocer a Zeus urgente! —exclamé, desbordando curiosidad.

En ese momento exacto, sentí un viento helado recorriendo mi cuerpo y, enseguida, una nube plateada se formó en medio del estadio olímpico. De su interior, vimos surgir a un hombre de cabellos blancos rizados, con un ojo negro y otro azul. ¡Era Zeus! ¡El mismo! ¡Justo frente a nosotros!



## Por un poco de ambrosía

Voy a decir la verdad: ¡Zeus no es exactamente atractivo! Pero, cuando aparece de pronto, nadie puede dejar de mirarlo. Nos quedamos en silencio durante unos cuantos minutos en el anfiteatro, mientras él rodeaba el estadio, saludando a los visitantes, gesticulando para todos.

Delante de aquel dios tan poderoso, no sabía muy bien qué hacer o qué decir. Pero, como había ido hasta allí para pedir su ayuda, cuando pasó cerca de nosotros resolví levantarme y presentarme.

—¡Hola, Zeus! ¿Todo bien? Mi nombre es Pilar. Vine aquí para pedir una ayudita y...

Antes de que terminara de saludarlo, sentí que una sandalia de tacón alto me pisaba fuerte un pie.

—¡Ay! ¡Ten cuidado! —grité con dolor.

La dueña de las sandalias era una mujer de ojos negros filosos que parecían soltar chispas:

—Aléjate de Zeus, ¿entendiste?

Me pareció que esa debía ser una diosa poderosísima y fue exactamente lo que Tiresias me confirmó enseguida:

—Es Hera, Pilar. Haz una reverencia y quédate quieta.

—Qué diosa tan atemorizante —dije, en voz baja.

—Es la mujer de Zeus, y la más celosa del mundo.

—Extraño. No sabía que los dioses sentían celos.

-Los dioses sienten todo: celos, amor, envidia, hasta rabia  
-explicó Tiresias.

A esta altura, Zeus y Hera ya estaban sentados en sus tro-  
nos, del otro lado del estadio.

## ZEYΣ

### ZEUS

*¡Es el dios de todos los dioses!  
Poderosísimo.  
Tiene ojos de diferente color:  
con uno puede ver bien lejos  
y con el otro, bien cerca.  
Parece que tuviera purpurina  
en el cuerpo, que es casi plateado.  
¡Lanza rayos desde los dedos!  
Asusta un poco.  
Es 100 % inmortal.  
Hace y deshace, manda y ordena.  
¡¡¡Necesito su ayuda para  
encontrar a mi abuelo!!!*

Desde su gran trono, Zeus tocó un  
inmenso gong y anunció con su vo-  
zarrón:

-¡Va a comenzar la gran carrera!  
¡Que los atletas más valerosos se  
presenten en el centro del estadio!

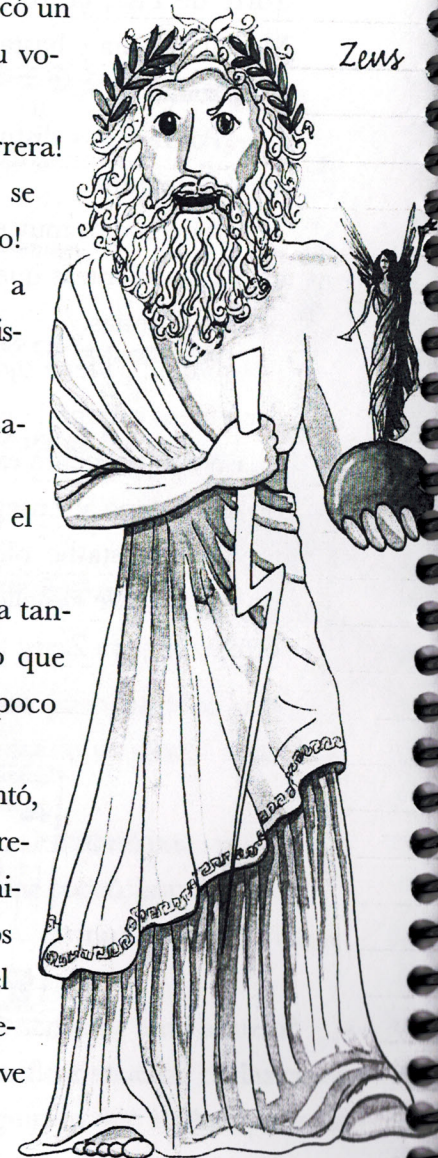
Fue entonces cuando vimos a  
Hércules entrar corriendo en la pis-  
ta, muy aplaudido por todos.

Helena se levantó, entusiasma-  
da, gritando su nombre:

-¡Ya ganaste, Hércules! ¡Eres el  
mejor!

-Cálmate, Helena. No es para tan-  
to... -comentó Breno, creyendo que  
la adoración de Helena era un poco  
exagerada.

Un centauro también se presentó,  
pero comparado con Hércules pare-  
cía no tener ni la menor oportuni-  
dad. Sin embargo, de pronto, vimos  
surgir a un adversario a la altura del  
gran héroe: el dios Hermes, que lle-  
gó volando al centro del estadio, leve  
y ligero, con sus sandalias aladas.

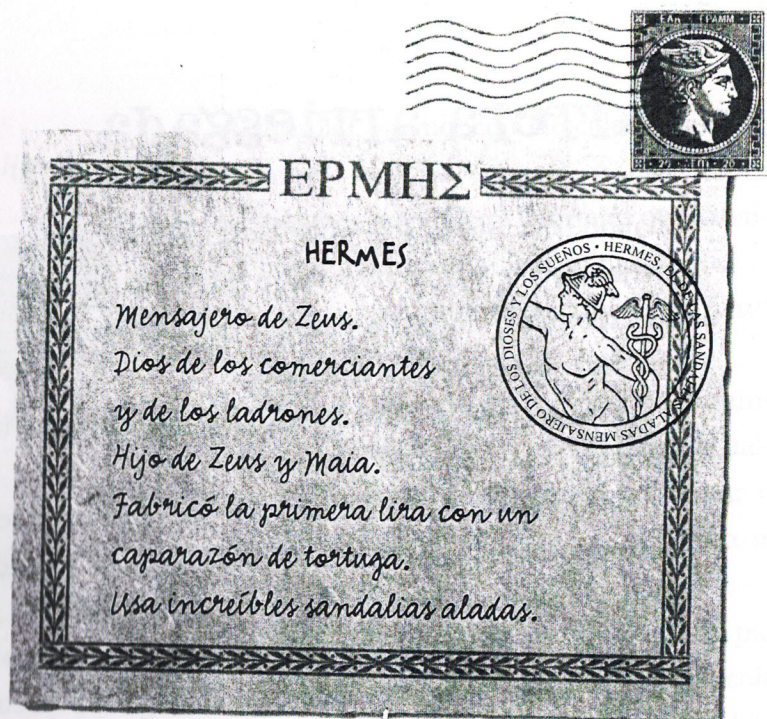




Al ver esas sandalias, Breno exclamó, maravillado:  
 —¡Qué geniales! Podría inventar unos zapatos voladores,  
 ¿no crees?  
 —Me parece bien, pero vas a probar tú mismo tu invento,  
 ¿ok? —bromeé.  
 —¡Qué absurdo que Hermes tenga sandalias aladas! ¡Apues-  
 to a que Zeus no va a permitir eso en la carrera! —protestó  
 Helena, irritada.  
 —Creo que en esta carrera vale usar hasta herraduras: mi-  
 ren allí —respondió Tiresias, apuntando al centauro que ya  
 calentaba sus cuatro patas.



Zeus golpeó nuevamente el gong, abrió un pergamino y  
 comenzó a leer las reglas de la competencia:  
 —En la carrera olímpica vale todo. Vale usar sandalias ala-  
 das y correr sobre cuatro patas. Cada corredor tendrá que  
 seguir a un pez volador hasta atraparlo. Quien caiga, quedará



Al ver esas sandalias, Breno exclamó, maravillado:  
 –¡Qué geniales! Podría inventar unos zapatos voladores, ¿no crees?  
 –Me parece bien, pero vas a probar tú mismo tu invento, ¿ok? –bromeé.  
 –¡Qué absurdo que Hermes tenga sandalias aladas! ¡Apuesto a que Zeus no va a permitir eso en la carrera! –protestó Helena, irritada.  
 –Creo que en esta carrera vale usar hasta herraduras: miren allí –respondió Tiresias, apuntando al centauro que ya calentaba sus cuatro patas.



Zeus golpeó nuevamente el gong, abrió un pergamino y comenzó a leer las reglas de la competencia:  
 –En la carrera olímpica vale todo. Vale usar sandalias aladas y correr sobre cuatro patas. Cada corredor tendrá que seguir a un pez volador hasta atraparlo. Quien caiga, quedará

descalificado de la prueba. Y si cae de las nubes no recibirá ayuda, lo siento mucho. Tengan cuidado: ¡la pista es móvil!

—¡Qué carrera complicada! —exclamó Breno.

—¡Sí, parece difícil! ¿Y qué gana el vencedor? —quise saber.

—¡Una copa de ambrosía y el derecho a hacerle un pedido a Zeus! —dijo Tiresias.

Al oír eso, Samba asomó la cabeza en mi bolsillo y se lamió de nuevo los bigotes, soñando con el dulce de los dioses.

—¡Una copa de ambrosía! —exclamó Breno.

—¡Un pedido a Zeus! —celebré.

—¡Tenemos que intentarlo! —dijimos Breno y yo al unísono.

—¿Ustedes están locos? ¡No tienen la menor posibilidad! —gritó Helena, tensa como siempre.

Sin prestarle atención, salimos disparados hacia la pista de carreras. ¡Era nuestra única oportunidad!



*¡Próximo invento de Breno!*

## Carrera arriesgada

Cuando llegamos a la pista de carreras, Hércules creyó que queríamos un autógrafo o algo parecido. El grandote y engreído héroe no podía creerlo cuando avisamos que también participaríamos de la prueba.

—¡Esta carrera es para inmortales! ¡Es arriesgar la vida! ¡Vuelvan ya al anfiteatro! —bramó.

—Necesito intentarlo. Es la única oportunidad que tengo de hacerle un pedido a Zeus y reencontrar a mi abuelo —dije.

—Bueno, están advertidos. Si caen, ¡adiós! —alertó.

Al observar mejor la pista, entendimos el problema: estaba hecha de nubes que se movían de un lado a otro. Debajo de las nubes... el aire. Breno y yo nos miramos asustados.

—¡Arriesgarás tu vida, Pilar!

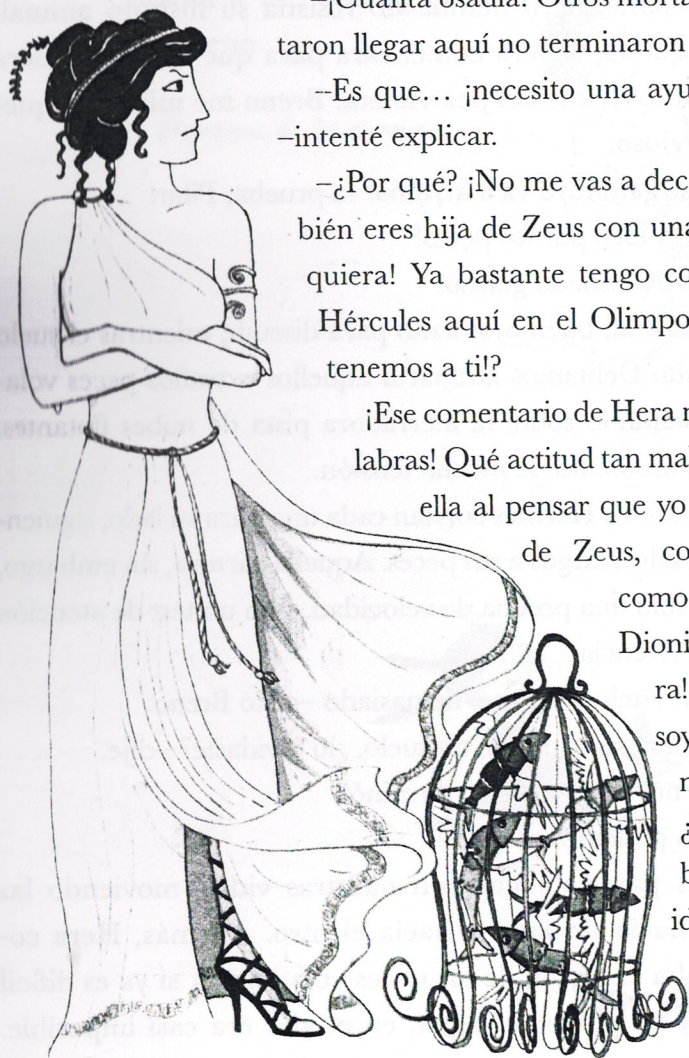
—Tú no necesitas ir, Breno. Pero yo tengo que intentarlo.

—¿Crees que voy a desistir? ¡Ni pensar! ¡Vamos juntos!

Era muy bueno saber que nuevamente podía contar con mi compañero de siempre. Nos sonreímos, esperanzados, hasta que vimos acercarse a la diosa Hera. Cargaba una jaula cubierta con un paño oscuro y me miraba con sus ojos desafiantes. De pronto, se detuvo frente a mí y comenzó un pequeño interrogatorio:

—Tú no eres diosa ni ninfa... ¿Qué estás haciendo aquí, en el Olimpo?

Hera



—La verdad, vinimos con Hércules —respondí, nerviosa.

—¡Cuánta osadía! Otros mortales que intentaron llegar aquí no terminaron nada bien...

—Es que... ¡necesito una ayudita de Zeus! —intenté explicar.

—¿Por qué? ¡No me vas a decir que tú también eres hija de Zeus con una mortal cualquiera! Ya bastante tengo con aguantar a Hércules aquí en el Olimpo, ¿y ahora te tenemos a ti!?

¡Ese comentario de Hera me dejó sin palabras! Qué actitud tan maleducada tenía ella al pensar que yo podía ser hija de Zeus, como Hércules, como Perseo, como Dioniso, ¡qué locura! Justo yo, que soy una chica tan normal...  
¿De dónde habría sacado esa idea?

Lo peor es que, como yo no conozco a mi padre, no podía dar detalles sobre él para calmar a esa diosa celosa. Cuando volviera a casa, tendría una buena conversación con mamá sobre mi padre. Necesitaba saber más acerca de él.

HPA



HERA

*La mayor de todas las diosas olímpicas.  
Esposa de Zeus, pero no tuvo hijos con él.  
La celosa más celosa que existe.  
Usa tacones puntiagudos que parecen armas.  
Tiene ojos negros, afilados como flechas.  
¡Peligrosa! ¡Mejor mantenerse lejos!*



Delante de los competidores, Hera retiró el paño que cubría la jaula y vimos a los mismos peces voladores que habían asustado a Pegaso cuando llegamos al Olimpo. Enseguida, la diosa colocó un pez colorido cerca de cada competidor. Delante de Hermes, uno azul. Frente al centauro, uno verde. Ante Hércules, uno rojo. A Breno le tocó uno amarillo y yo me quedé con uno violeta.

Los extraños peces voladores parecían obedecer a un silbato que Hera llevaba colgado de su cuello. Por algunos instantes, quedaron detenidos en el aire delante de cada competidor, como si fueran colibríes. Eché otra miradita al precipicio debajo de las nubes y sentí mis piernas temblar. Pero respiré hondo y decidí observar solo al pez volador enfrente de mí. No era la única en reparar en aquellos extraños peces con alas. Mientras Zeus tocaba el gong, Hera hizo sonar el silbato y los animales comenzaron a volar cada uno en diferente dirección. Samba salió de mi bolsillo con una única intención: ¡tragarse al pez violeta que me había tocado!



*Amuleto de la suerte de Tiresias.  
¡Lo vamos a necesitar!*

## Entre olímpicos e inmortales

Grité, llamé, pero Samba no resistía su instinto animal. Bastó que la carrera comenzara para que mi gato saliera disparado detrás del pez violeta. Breno me miró y se quejó, nervioso.

—¡Ese gato tuyo va a arruinar la prueba, Pilar!

—¡Está loco por los peces!

—¡Es demasiado goloso!

No era un buen momento para discutir, mientras el suelo se movía. Debíamos atrapar a aquellos extraños peces voladores saltando sobre la aterradora pista de nubes flotantes. Era un momento de mucha tensión.

Hércules y Hermes corrían cada uno para su lado, siguiendo con saltos largos a sus peces. Aquella carrera, sin embargo, no era solo una prueba de velocidad, sino un test de atención y supervivencia.

—Este suelo se mueve demasiado —gritó Breno.

—No es exactamente un suelo, ¿lo olvidaste? —dije.

—¡Si nos caemos, todo terminó!

—¡No podemos caerlos!

Zeus parecía jugar con nuestras vidas, moviendo las nubes hacia un lado y hacia el otro. Además, Hera comandaba el zigzag de los peces voladores y, si ya es difícil atrapar un pez en el agua, en el aire era casi imposible.

Para peor, salté a una nube que se partió en dos y casi caigo desde lo alto del Olimpo.

-¡Salta a la nube siguiente!  
-gritó Breno.

*Esquema de la carrera:*

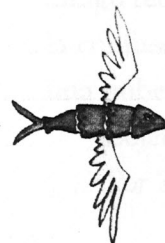
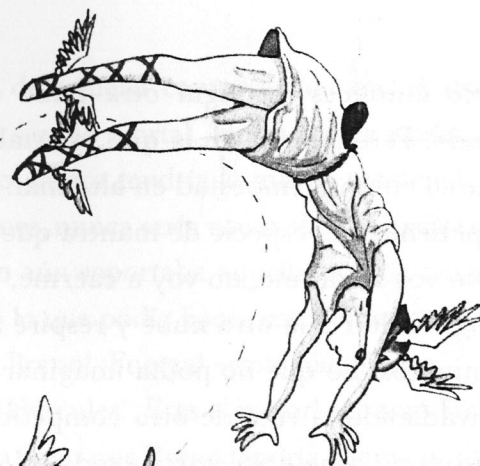
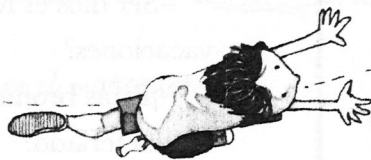


Para peor, salté a una nube que se partió en dos y casi caigo desde lo alto del Olimpo.

—¡Salta a la nube siguiente!

—gritó Breno.

*Esquema de la carrera:*



Solo entonces distinguí otra nube que se acercaba, flotando. Pero aquella en la que yo estaba se movía como un barco en una tempestad en alta mar. Con miedo, decidí repetirme una especie de mantra que me convenciera:

–No voy a caerme, no voy a caerme, no voy a caerme.

Logré saltar a la otra nube y respiré aliviada por algunos minutos. Lo que no podía imaginar era que terminaría invadiendo la ruta de otro competidor: ¡Hércules! De pronto, vi un cohete acercarse a toda velocidad y arrojarme hacia un lado. El mayor héroe de Grecia no quiso ni saber quién estaba en su camino: simplemente me atropelló.



*¡La bandita de los dioses!*

## En el banco de suplentes

Con las piernas y la espalda magulladas, no lograba levantarme. Por suerte, Tiresias vino a ayudarme.

–Vamos al anfiteatro, Pilar. Sujétate de mi mano.

–No puedo rendirme, Tiresias. Necesito continuar en carrera para hablar con Zeus y volver a ver a mi abuelo...

–Te caíste, Pilar. Estás fuera de la competencia. Las reglas son claras, lo siento mucho.

Subí con él al anfiteatro, dolorida y muy enojada conmigo misma:

–No podía fallar. ¡No podía!

–¡Te lo advertí! –dijo Helena, al verme de regreso–. Aquí, casi todos los competidores son dioses, Pilar. Tú eres solo humana...

–¡Pues me parece muy aburrido eso de ser solo humana! Si al menos fuera la hija de Zeus... ¿ya lo pensaste?

–¡Pero eres una mortal y tienes que aceptarlo, Pilar! ¡Es así y listo! –insistió Helena.

–¡No acepto y listo! –dije, molesta.

Con su tono simpático, Tiresias me sonrió y dijo:

–Ser dios es muy aburrido. ¿Sabías que ellos nunca tienen vacaciones?

–¡Estás bromeando! ¿Nunca descansan? ¿No se toman ni un día feriado?

–¡Nunca! ¡Cero descanso!  
–Pobrecitos. Deben estar totalmente estresados –bromeé.  
Tiresias y yo nos reímos a carcajadas. Mi cuerpo todavía me dolía, pero reír siempre es un buen remedio.

Dioses X Humanos

Son inmortales (!)

Mueren

Trabajan sin parar

Tienen vacaciones (!)



Resultado: ¡es un empate, dice el marcador!

Después de aquella conversación, quedé más conforme por ser una simple mortal. Helena tenía razón, yo necesitaba aceptarlo: nunca tendría la misma resistencia de aquellos dioses y héroes, nunca sería como ellos. A decir verdad, ¡no sé cómo Breno aún soportaba aquella prueba tan difícil y peligrosa! Todo lo que podía hacer era alentarlo:

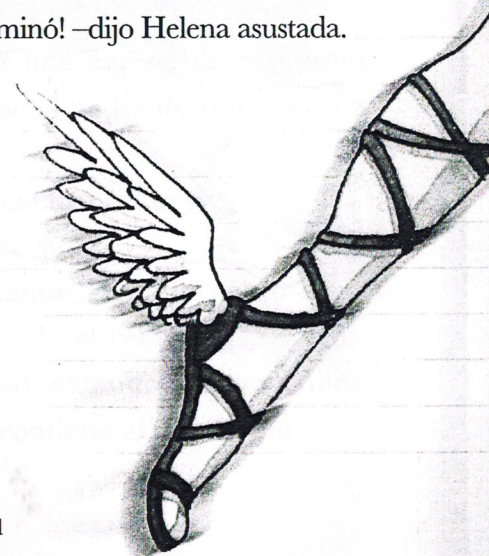
–¡Corre, Breno! ¡Fuerza! –grité bien fuerte.

–¡Corre, Hércules! ¡Eres el mejor! –bramó Helena.

Yo quería creer que Breno tendría alguna posibilidad, pero mis esperanzas no duraron mucho tiempo. De pronto, su pez entró volando en la pista de Hermes y, al intentar ir tras él, mi amigo recibió un empujón del dios de las sandalias aladas. En la confusión, trastabilló, giró y quedó colgado en el borde de una nube. Me desesperé:

–¡Sujétate fuerte, Breno! ¡No sueltes esa nube!

–¡Por Zeus! ¡Si él cae, todo terminó! –dijo Helena asustada.





## El descontrol de Hércules

Al ver a Breno colgando de la nube, corrí lo más rápido que pude hasta la pista. Al llegar allí, aferré una de sus manos, pero la nube se movía mucho y confieso que tuve miedo de perder a mi amigo.

—Lo lograrás, Breno. ¡Fuerza!

—Estoy cayendo, Pilar. Fue muy bueno ser tu amigo...  
Discúlpame por dejarte sola durante nuestra investigación en el edificio....

—Puedes dejar de despedirte. ¡Tú eres y siempre serás mi mejor amigo!

—¿Ya no estas enojada conmigo?

—¡Claro que no! ¡Ahora sube, por favor!

Conseguí empujar a Breno hacia arriba y, exhaustos, nos echamos en aquel suelo blando, donde nos quedamos en silencio, respirando uno junto al otro. Después de unos instantes, Breno me miró de una manera distinta, acercó su cara a la mía, pasó su mano por mi pelo... hasta que fuimos interrumpidos por un grito animal:

—¡Salgan del medio!

—Estamos en la pista del centauro! —gritó Breno, tenso.

—¡Salgamos de aquí! —dije, saltando a otra nube.

¡Por suerte, logramos salir del camino antes de que el centauro nos pisara con sus cuatro patas! Volvimos al anfiteatro,

molestos por habernos perdido la oportunidad de hablar con Zeus y de probar la ambrosía divina. Pero, al menos, estábamos vivos.

Decidí comer algunas frutas y, de pronto, recordé que había olvidado al goloso Samba allí, en la pista de carreras:

—¡Necesito traer a mi gato!

—¡Nada de eso! ¡A él le está yendo muy bien en la prueba! —comentó Tiresias.

Solo entonces, noté que Samba corría palmo a palmo con Hércules. ¡No podía creer que él estuviera compitiendo con los dioses! ¡Aquello era increíble! Entusiasmada, me puse de pie y comencé a gritar:

—¡Corre, Samba! ¡Fuerza en las patitas!

Helena nos miró como si estuviéramos locos:

—Los gatos no pueden participar. ¡Esta carrera es algo serio!

—Si los centauros pueden, ¿por qué él no? —pregunté.

—¡Eso! ¡Fuerza, Samba! —gritó Breno.

Helena, claro, seguía alentando a Hércules y parecía irritada con todos nosotros. La carrera estaba peleadísima y, de pronto, oímos el silbato de Hera. La esposa de Zeus alentaba claramente a Hermes y provocó que el pez volador del centauro se cruzara en el aire con el de Hércules. En la confusión, los dos competidores quedaron atontados y chocaron con fuerza. Hércules terminó colgado en el aire por la patada que le dio el centauro. ¡Un desastre! Al subir nuevamente a la nube, el

héroe parecía furioso y comenzó a golpear al centauro hasta quebrarle todos los huesos al pobrecito. ¡Un horror! Como si eso no bastara, lanzó a la criatura por el precipicio.

—¡Qué locura! ¿Qué le ocurrió? —pregunté a Tiresias, shockeada.

—¡Hércules enloqueció! Parece un animal... —murmuró Breno.

Helena casi no podía hablar. Estaba horrorizada, completamente decepcionada con su gran héroe. Mientras tanto, Tiresias intentaba explicarnos lo inexplicable:

—Dicen que Hera le tiene odio a Hércules solo porque él es hijo de Zeus con una mortal. Por eso, de tanto en tanto, coloca sobre él un velo invisible que vuelve al héroe totalmente irracional —contó.

—¡Es muy fácil culpar a los dioses! ¡Lo que él hizo fue un horror! —comentó Breno.

—¿Quieres decir que Hera es una especie de madrastra mala que odia a Hércules y tiene el poder de volver loco a nuestro amigo?

—Lamentablemente sí, Pilar —confirmó Tiresias.

—¡Pero qué diosa peligrosa! —exclamé.

—Fue eso lo que ocurrió cuando Hércules mató a sus propios hijos. Hera había arrojado el velo de irracionalidad sobre el héroe, ¡y él terminó matando a los tres hijos, pensando que eran dragones! —continuó el viejo sabio.

molestos por habernos perdido la oportunidad de hablar con Zeus y de probar la ambrosía divina. Pero, al menos, estábamos vivos.

Decidí comer algunas frutas y, de pronto, recordé que había olvidado al goloso Samba allí, en la pista de carreras:

–¡Necesito traer a mi gato!

–¡Nada de eso! ¡A él le está yendo muy bien en la prueba! –comentó Tiresias.

Solo entonces, noté que Samba corría palmo a palmo con Hércules. ¡No podía creer que él estuviera compitiendo con los dioses! ¡Aquello era increíble! Entusiasmada, me puse de pie y comencé a gritar:

–¡Corre, Samba! ¡Fuerza en las patitas!

Helena nos miró como si estuviéramos locos:

–Los gatos no pueden participar. ¡Esta carrera es algo serio!

–Si los centauros pueden, ¿por qué él no? –pregunté.

–¡Eso! ¡Fuerza, Samba! –gritó Breno.

Helena, claro, seguía alentando a Hércules y parecía irritada con todos nosotros. La carrera estaba peleadísima y, de pronto, oímos el silbato de Hera. La esposa de Zeus alentaba claramente a Hermes y provocó que el pez volador del centauro se cruzara en el aire con el de Hércules. En la confusión, los dos competidores quedaron atontados y chocaron con fuerza. Hércules terminó colgado en el aire por la patada que le dio el centauro. ¡Un desastre! Al subir nuevamente a la nube, el

héroe parecía furioso y comenzó a golpear al centauro hasta quebrarle todos los huesos al pobrecito. ¡Un horror! Como si eso no bastara, lanzó a la criatura por el precipicio.

–¡Qué locura! ¿Qué le ocurrió? –pregunté a Tiresias, shockeada.

–¡Hércules enloqueció! Parece un animal... –murmuró Breno.

Helena casi no podía hablar. Estaba horrorizada, completamente decepcionada con su gran héroe. Mientras tanto, Tiresias intentaba explicarnos lo inexplicable:

–Dicen que Hera le tiene odio a Hércules solo porque él es hijo de Zeus con una mortal. Por eso, de tanto en tanto, coloca sobre él un velo invisible que vuelve al héroe totalmente irracional –contó.

–¡Es muy fácil culpar a los dioses! ¡Lo que él hizo fue un horror! –comentó Breno.

–¿Quieres decir que Hera es una especie de madrastra mala que odia a Hércules y tiene el poder de volver loco a nuestro amigo?

–Lamentablemente sí, Pilar –confirmó Tiresias.

–¡Pero qué diosa peligrosa! –exclamé.

–Fue eso lo que ocurrió cuando Hércules mató a sus propios hijos. Hera había arrojado el velo de irracionalidad sobre el héroe, ¡y él terminó matando a los tres hijos, pensando que eran dragones! –continuó el viejo sabio.

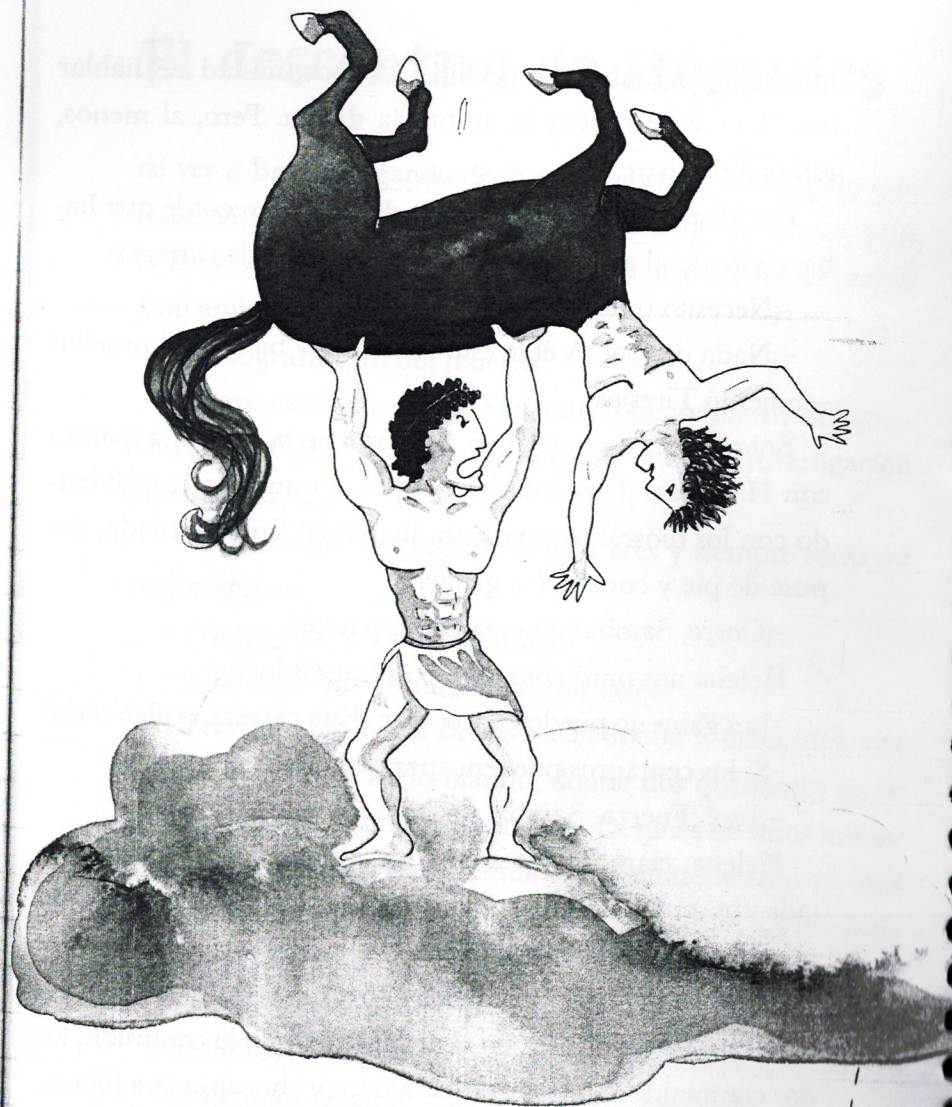
–¡Qué tragedia griega! ¡No sabía que había hecho algo tan horrible!

–¡Ese Hércules está completamente loco! –insistió Breno, furioso con todo aquello.

–No puede ser... –murmuró Helena.

–Fue por haber matado a sus hijos que Hércules realizó los doce trabajos. Para que los dioses perdonaran su terrible crimen –reveló Tiresias.

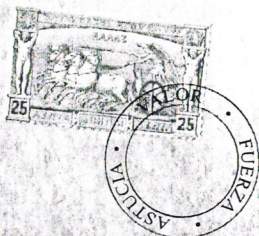
–Por lo visto, después de lo que acaba de hacer con el centauro, Hércules va a tener que hacer algunos trabajitos más –comenté.





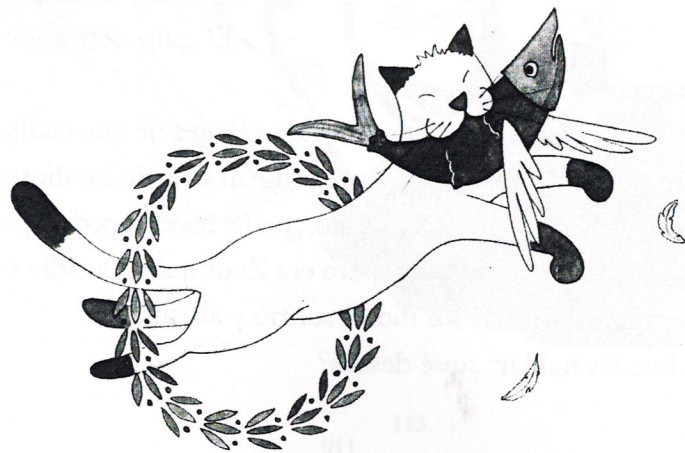
## LOS 12 TRABAJOS DE HÉRCULES

- 1º Estrianguló al León de Nemeia.
- 2º Liquidó a la Hidra de Lerna.
- 3º Capturó a la Cierva de Cerinea.
- 4º Capturó vivo al Jabalí de Erimanto.
- 5º Limpió en un día los establos de Augias.
- 6º Expulsó a las aves del lago Estínfalo.
- 7º Domó al Toro de Creta.
- 8º Venció a los caballos del rey Diomedes.
- 9º Recuperó el cinto de Hipólita, reina de las amazonas.
- 10º Capturó el ganado del gigante Gerión.
- 11º Tomó las manzanas de oro de las Hespérides.
- 12º Dominó al terrible Cerbero.



## Día del héroe

La historia de Hércules era triste y hubiéramos seguido hablando horas y horas sobre el gran héroe, de no haber tenido una sorpresa. Samba seguía intentando atrapar a su pez volador, mientras Hermes volaba sobre las nubes, leve y ligero, casi alcanzando al otro pez. Si todo seguía así, el dios de las sandalias aladas lo lograría y ganaría la prueba. Pero, queriendo eliminar a Samba de la carrera, decidió hacer una maniobra de jugador de fútbol: preparó la sandalia como si fuera a patear un penal y acertó de lleno en la barriga de mi gato, que salió volando por el aire hecho una pelota. Yo ya iba a insultar a aquel dios de los sandaliazos con los peores nombres que conocía, pero por una increíble casualidad, o con una ayudita de los dioses, Samba fue a dar con el hocico exactamente sobre su pez volador y, sin siquiera pestañear, atrapó al pobrecito.



Hermes se quedó inmóvil al ver la tontería que había hecho. Para empeorar las cosas, recibió una gran reprimenda de parte de la diosa Hera, que lo había alentado. Mientras tanto, Breno, Helena, Tiresias y yo nos abrazábamos, ¡festejando aquella victoria sorprendente!

—¡El campeón! ¡Es el mejor! ¡Samba es nuestro héroe olímpico! —festejé, casi sin creer en lo que veía.

—¡Un verdadero atleta! —vibró Tiresias.

—¡Samba uno, Hermes cero! —bromeó Breno.



Corrimos hacia el podio, donde Samba recibiría sus premios, pero cuando Zeus llamó a mi gato para ponerle la corona de laureles, había desaparecido.

Zeus tocó el gong una vez más y anunció:

—El gato vencedor tie-

ne derecho a hacer un pedido...

Esta vez decidí reaccionar rápido y, antes de que cualquier astuto hablara antes que yo, pregunté al dios de los dioses:

—Ya que yo soy la dueña del gato, ¿podré hacer el pedido por él?

Hera me miró con furia, pero era Zeus quien decidía sobre el premio. El dios de los dioses sonrió y afirmó:

—Puedes hablar: ¿qué deseas?

Finalmente podría reunirme con mi abuelo. No necesité pensar mucho y pedí:

—¡Quiero encontrar a mi abuelo! ¿Acaso el gran Zeus puede enviarme con mis amigos hasta el lugar donde él está?

—¿Estás segura de tu pedido? —insistió el poderoso Zeus.

—¡Sí! ¡Totalmente segura!

—Entonces, ¡prepárense! ¡Van a partir todos al reino de Hades! —dijo Zeus con una voz grave.

Hera soltó una carcajada y Helena comenzó a gritar, aterrizada:

—¡No! ¡Al reino de Hades, no!

—¿El tal reino de Hades es tan malo? —quiso saber Breno.

—¡Es el reino de los muertos! —explicó Tiresias.

—¡No puede ser! —murmuré.

Era duro de aceptar. ¿Sería posible que mi abuelo estuviera en un lugar horrible como el reino de los muertos? Con los ojos rojos de furia, Helena gritó:

—¿Por qué no pensaste un poco antes de hablar? ¿Por qué no preguntaste antes dónde estaba tu abuelo?

—A veces eres un poco impulsiva, Pilar —completó Breno.

Los cuatro empezamos a discutir, muy nerviosos, hasta que escuchamos un grito furioso de la diosa Hera:

—¡Ese gato merece morir!

En aquel momento descubrimos dónde se había metido Samba después de la carrera. Estaba dentro del cuenco de

ambrosía, recibiendo el premio que más deseaba: el delicioso dulce de la inmortalidad.

—Hera, el gato ganó la carrera y tiene derecho a recibir una copa de ambrosía, ¿lo olvidaste? —argumentó Zeus.

—¡Tenía derecho a una copa, no a todo el dulce! —exclamó la diosa.

Enseguida, Hera aferró a Samba por el rabo ¡y lo arrojó a lo alto del Olimpo!

—¿¡Qué haces con mi gato, diosa malvada!? —grité.

—¿Quién eres tú para decirme lo que puedo o no puedo hacer? ¡Mortalita entrometida! —replicó Hera.

Por suerte, Breno me contuvo antes de que yo arrancara los pelos de Hera y me convirtiera en la peor de sus enemigas. Zeus tampoco quería aumentar la confusión y fue a decirle a su esposa:

—Tranquila, querida. Ellos ya están saliendo hacia el reino de Hades.

—¡Bien! ¡Dudo que vuelvan de allí! —dijo Hera.

Breno, Helena, Tiresias y yo nos miramos, aterrorizados. ¿Sería posible cambiar el pedido? ¿Cómo escaparíamos de esa?

## Rumbo al mundo de los muertos

No tuvimos tiempo de pensar en lo que ocurriría en el reino de Hades, porque comenzó un vendaval que movía las nubes del Olimpo de un lado al otro. Zeus nos hizo subir en una inmensa nube negra y nos ofreció una última ayuda:

—Ustedes fueron bastante valientes al venir hasta aquí. Lleven este collar especial para intentar domar a Cerbero, el guardián del reino de los muertos.



Él ya iba a soltar un rayo desde sus dedos cuando logró hacer una última pregunta:

–Solo una cosa más, gran Zeus: ¿podré cambiar de...?

–¡No! Deben partir ahora mismo.

–¿Y mi gato? ¿Qué ocurrió con él?

–¡Lo sabrás en el momento oportuno!

–¿Cómo puedo estar segura? –insistí.

–¿Estás dudando de Zeus? –susurró Helena, dándome un pellizco.

Sin decir nada más, el dios de los dioses soltó un rayo plateado desde su dedo índice y la nube negra en la que estábamos comenzó a descender vertiginosamente. Parecía que bajábamos en un elevador sin freno, que para peor giraba sin parar. Aferrados a aquella nube agitada, nos dimos las manos, pensando que el final estaba cerca.

–¡Vamos a morir por tu culpa! –me gritó Helena.

–Sé que tendría que haber pensado mejor antes de hablar, pero no podía imaginar que mi abuelo estaba en un lugar tan malo.

–Intenté advertirte, pero no quisiste escuchar –dijo Breno, muy tenso.

–¿Cómo es ese tal reino de Hades? –pregunté a Tiresias.

–Es el lugar adonde van todos los muertos –dijo.

–¡Es prácticamente imposible volver de allí, Pilar! –lloriqueó Helena.

–Prácticamente imposible no es lo mismo que totalmente imposible, espero...

Mientras caíamos, Tiresias nos contó que Perséfone, esposa de Hades, era la única que podía ir y venir del reino de los muertos. La diosa pasaba el otoño y el invierno con su esposo, en el mundo subterráneo, y volvía al mundo de los vivos durante la primavera y el verano.

Yo me esforzaba para que encontráramos una salida, pero la nube no dejaba de caer y girar. Ya estábamos mareados y tontos cuando vimos que nos acercábamos a una piedra puntiaguda. Gritamos, pensando que habíamos llegado al final. Sin embargo, la piedra se movió hacia un costado y un agujero gigantesco se abrió en el suelo, por donde seguimos bajando.

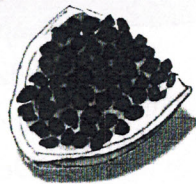
Debajo de la tierra, todo era oscuro y caliente. Continuamos descendiendo durante mucho tiempo, después no sé qué ocurrió. Exhaustos, creo que nos dormimos.

*Granada, fruta de Hades*

*Eurídice*



*Orfeo*



## El perro de tres cabezas

Ya en el reino de Hades, nos despertaron unos ladridos aterradoros. No veíamos casi nada, entonces recordé la linterna que llevaba en el bolsillo de mi vestido. Con luz, pudimos ver a tres perros furiosos, gruñendo muy cerca de nosotros.

—¡Socorro! ¡Tres monstruos! —grité, asustada.

—¡Quédense quietos! No son tres monstruos. Es Cerbero, el temible perro de Hades —dijo Tiresias.

—¿Un único perro con tres cabezas? —preguntó extrañado Breno.

De pronto, escuchamos una voz desconocida, confirmando:

—Eso mismo. ¡Tres cabezas furiosas y peligrosas!

Confieso que me quedé helada. ¿De quién sería aquella voz? ¿De alguien vivo o muerto? Miré hacia atrás y vi la silueta de un hombre acercarse, cargando a una mujer morena en sus brazos.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté intrigada.

—Yo soy Orfeo y ella es... esta era... mi mujer, Eurídice. Vine aquí a rogarle al dios de los muertos que le devuelva la vida.

Al oír aquello, me llené de esperanza y dije:

—Yo también necesito hablar con él. ¿Cómo hacemos para conversar con ese dios de los muertos?

–No es nada fácil. Primero, debemos domar a Cerbero, el guardián de Hades. Después, tenemos que cruzar el río Estigia hasta la otra orilla.

En cuanto dijimos el nombre del perro, escuchamos nuevamente sus ladridos, ahora mucho más cerca de nosotros.

–Vio la luz de la linterna. ¡Está viniendo hacia acá! –dijo Orfeo, tenso.

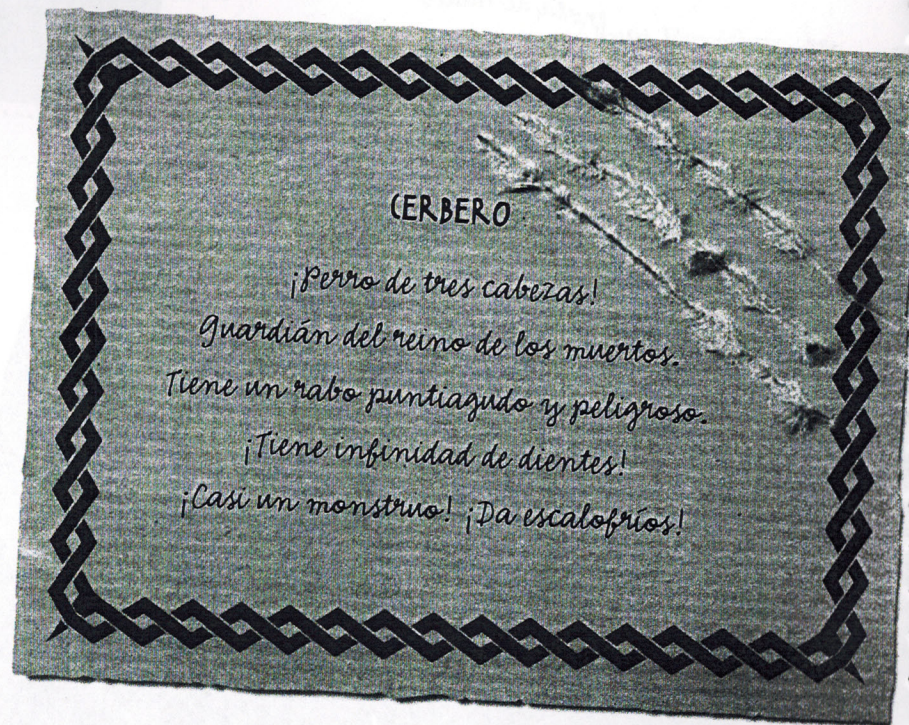
–¡Apaga ya esa luz! –gritó Helena, aterrorizada.

–¡Lánzala hacia él! ¡Como un hueso! –sugirió Breno.

Arrojé la linterna a Cerbero y, mientras las tres cabezas del monstruo peleaban por ella, Breno recordó el collar especial que nos había dado Zeus. Se lo mostramos a Orfeo y él, colocando cuidadosamente a Eurídice en el suelo, se acercó al perro. Breno y yo fuimos detrás de él y vi que el guardián de Hades tenía una cola puntiaguda con un aguijón en la punta, que se movía de un lado a otro.

–¡Cuidado con su rabo! –le grité a Orfeo, nerviosa.

Orfeo fue rápido y logró ponerle el primer collar. Breno aprovechó que las otras dos cabezas se distrajeran y le metió el segundo collar. La tercera cabeza estaba en el medio de las otras dos. Pero, como el rabo de Cerbero no paraba de moverse, cual látigo, no lograba acercarme a la fiera. Breno y Orfeo apretaron sus collares con fuerza y, sin pensar demasiado, salté sobre el lomo del monstruo y le ajusté el tercer y último collar. ¡Bien! Cerbero estaba domado.



Sujetando fuerte las correas, volvimos junto a Helena y Tiresias.

Ahora Cerbero no lograría huir ni morder a nadie.

Después de controlar a la fiera, Orfeo nos convocó para la segunda etapa del viaje:

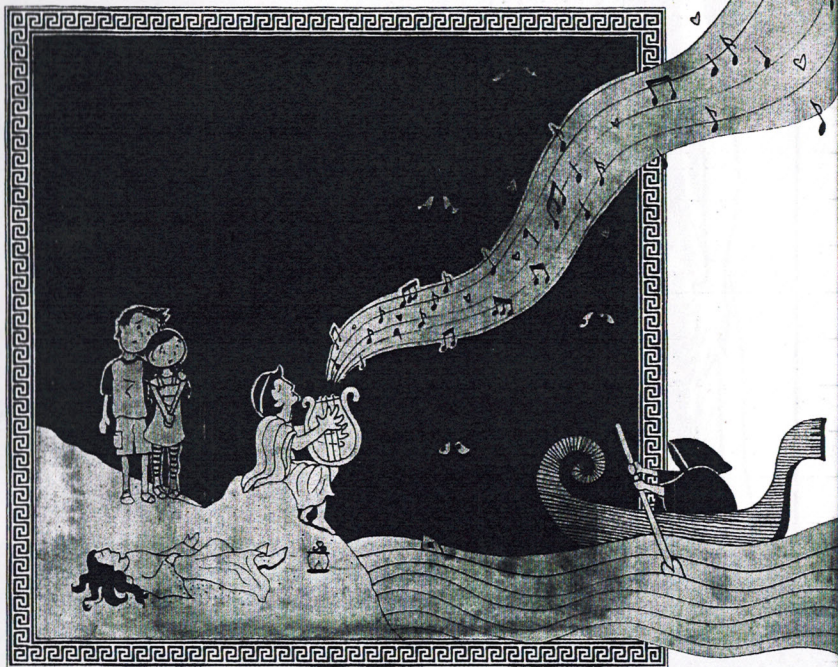
–Ahora debemos llamar al barco y cruzar el río.

–¡De ninguna manera voy a ir! –decidió Helena.

—¡Vayan, yo me quedo aquí con Helena, vigilando a Cerbero! —ofreció Tiresias.

Entonces, Orfeo puso las correas de los tres collares en manos de Tiresias y Helena, advirtiéndole que no sería fácil controlar a Cerbero por mucho tiempo. Enseguida, alzó a Eurídice y nos llamó:

—¡Vengan! Solo falta cruzar el río Estigia.



## La travesía

Del otro lado del río solo llegaban los muertos. Subir a aquel barco con Orfeo tal vez significara un viaje sin retorno. Por eso, antes de seguir adelante, llevé a Breno hacia un rincón y le dije:

—Sabes que debo ir por mi abuelo. Pero tú no necesitas arriesgarte tanto. Mejor quédate acá...

—Nada de eso. Voy contigo hasta el final, Pilar.

Fue muy bueno escuchar aquello. Apreté su mano con fuerza y bajamos juntos por el camino enlodado y oscuro, rumbo al río Estigia.

Cuando llegamos a la orilla, Orfeo apoyó a Eurídice cuidadosamente en el suelo, sacó una lira y comenzó a tocar una melodía bella y triste, que daba ganas de llorar. Entonces vimos un barco negro acercarse a la orilla. En él había un barquero cubierto por un manto igualmente negro que no nos dejaba ver su rostro.

—¿Será el dios de la muerte? —susurré a Breno.

Orfeo escuchó y nos explicó que ese era Caronte, el barquero de Hades, que transportaba a los muertos al otro lado del río. Cuando el barco negro llegó a puerto, Orfeo caminó hasta Caronte y pidió:

—Por favor: ¿queremos ver al dios Hades!

—Aún no llegó tu hora, Orfeo. ¡Solo Eurídice puede hacer la travesía! —dijo el barquero.

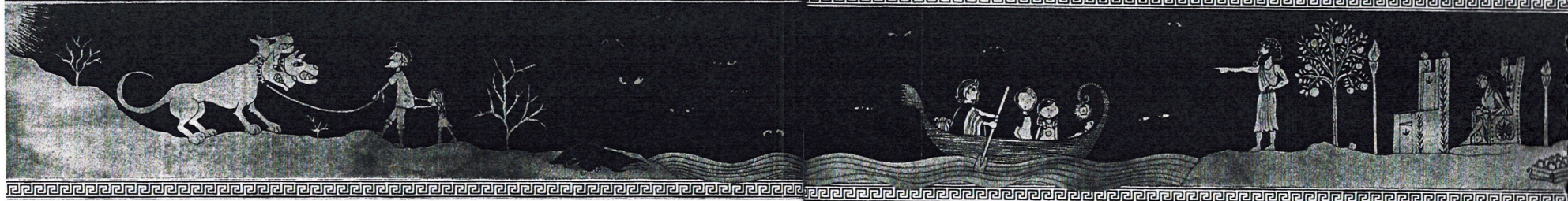
Entonces, Caronte tomó a Euridice en sus brazos y la puso en el barco negro. Pero enseguida, Orfeo no soportó el dolor y quiso embarcar a cualquier precio. Caronte intentó impedirlo, empujando a Orfeo, pero nuestro amigo era más fuerte y consiguió reaccionar, derribando al barquero, que quedó tendido en el suelo. Muy rápido, Orfeo tomó el remo y nos gritó:

—¡Vengan! ¡Pronto!


Aunque temblábamos de miedo, Breno y yo saltamos al barco negro y Orfeo empezó a remar contra la fuerte corriente de aquel río de aguas turbulentas.

Cuando, finalmente, avistamos la otra orilla, el dios de la muerte nos esperaba de pie y parecía bastante irritado:

—¡Cómo osan invadir un mundo al cual no pertenecen!?! ¡Regresen ya al lugar de donde vinieron! Antes de que sea tarde...



**EL REINO DE HADES**



*Es el reino de los muertos,  
el lugar más oscuro del mundo.  
¡Tiene un horrible olor a humedad!  
El suelo es de lodo, resbaladizo.  
Para hablar con el dios Hades,  
hay que cruzar el río Estigia, pero solo  
si el barquero Caronte lo permite.  
¡Es un lugar que da escalofríos!  
¡Espero que podamos salir  
de este fin del mundo!*

*Hades y Perséfone*



## El reino de Hades

Varias antorchas iluminaban la otra margen del río y pudimos ver al dios Hades sentarse en su trono, junto a su mujer, Perséfone. Orfeo acercó el barco a los dioses e hizo una reverencia, implorando ayuda:

—Gran Hades, dios de todos los muertos, vine aquí a pedirte que devuelvas la vida a mi Eurídice. ¡Ella no merece morir tan pronto!

Hades no volvió a levantarse del trono ni movió un músculo del rostro. Con su voz grave, apenas ordenó:

—¡Regresa ya a tu mundo, Orfeo! Antes de que sea tarde...

Al escuchar aquella voz amenazante, apreté una vez más la mano de Breno. Daban ganas de volver corriendo a casa y meterme debajo de las mantas. Pero ahora que habíamos venido de tan lejos, no podíamos huir sin encontrar a mi abuelo.

Orfeo también estaba decidido a rescatar a su Eurídice de cualquier forma y no se quebró ni un poco con la amenaza del dios de los muertos. En lugar de eso, cambió de táctica, hablándole a la diosa:

—Gran Perséfone, que circulas entre los vivos y los muertos, por favor, ayúdame. Sin Eurídice, mi vida no tiene sentido...

Perséfone y Hades se miraron y siguió un largo silencio. Noté que Hades miraba a su mujer con tanta intensidad que parecía atravesar sus pensamientos.

## ΠΕΡΣΕΦΟΝΗ

### PERSEFONE

*Esposa del dios de los muertos.*

*Diosa asociada a los ciclos de la naturaleza.*

*Vive la mitad del año (otoño e invierno)*

*entre los muertos y la otra mitad*

*(primavera y verano) entre los vivos.*

*Pensé que sería fea, pero es bella.*

*Parece tener buenos sentimientos y es muy*

*cariñosa con el dios de los muertos.*

*Creo que solo ella puede convencer a su*

*esposo y dejar ir a Eurídice y a mi abuelo.*



Perséfone tenía una mirada dulce, cabellos negros y manos muy blancas que tocaban las manos de los muertos con mucha delicadeza. Hades parecía enamorado de ella; seguramente, sería la única capaz de ablandar aquel corazón de piedra.

Al ver a Orfeo llorando, Perséfone se conmovió y le pidió a su esposo:

—Dale una oportunidad a Eurídice, querido. Orfeo y ella se aman tanto...

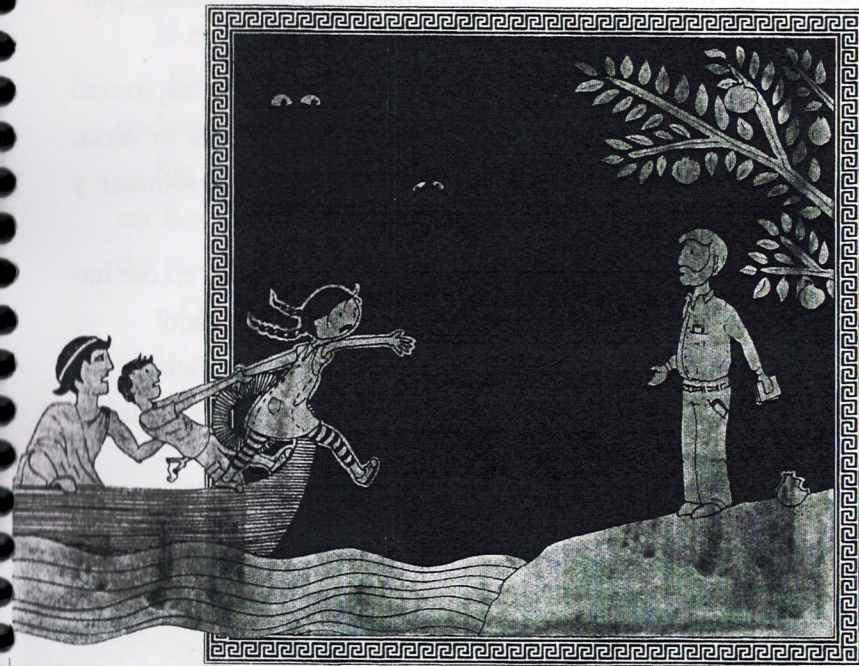
Sin embargo, el dios de los muertos seguía sin decir palabra.

Desanimado, Orfeo se sentó en el fondo del barco, rompiendo en un llanto profundo. La situación parecía sin salida, pero no podíamos desistir. Aun sabiendo que el diálogo con el dios era prácticamente nulo, resolví arriesgarme:

—Yo vine hasta aquí desde muy lejos para encontrar a mi abuelo Pedro. ¿Estará aquí? ¿Podrá volver a casa conmigo?

Siguió el silencio más absoluto y Hades se mantuvo inmóvil. Entonces, a pesar de la oscuridad, noté la silueta de un hombre acercándose a la orilla. ¡Él renqueaba como mi abuelo, se rascaba la barba como mi abuelo, tenía libros en los bolsillos como mi abuelo! Solo podía ser él. No podía creer lo que veía.

—¡Abuelo Pedro!



## ¿La muerte es para siempre?

Al ver a mi abuelo Pedro allí, frente a mí, tuve ganas de saltar del barco y correr a abrazarlo. Ya iba a entrar al reino de los muertos, cuando escuché la voz de Perséfone, muy firme:

—¡No saltes del barco! ¡Quien pisa este reino, se queda aquí para siempre!

—¡Cuidado, Pilar! —gritó Breno.

Lo extrañaba tanto que casi no oía lo que los otros decían. Solo pensaba en abrazar a mi abuelo, mientras Breno me aferraba por el vestido.

—¡Suéltame! ¡Necesito buscar a mi abuelo!

—¡Basta, Pilar! ¿Quieres morir? —decía Breno, nervioso.

Mi abuelo parecía tan cerca allí, en la orilla, que tuve la impresión de que, si me estiraba un poquito, lograría tocarlo:

—¡Ven conmigo, abuelo!

—¡No puedo, querida! ¡No puedo!

—¡Entonces me quedo contigo!

—¡No, Pilar! ¡Ni pensarlo! ¿Qué locura es esa? —Breno intentaba hablar conmigo, pero yo solo miraba a mi abuelo.

—Ella está como Ulises ante el canto de la sirena: hipnotizada. ¡Tenemos que sujetar a esta chica al barco con toda nuestra fuerza para evitar que se arroje de él! —dijo Orfeo.

Como no tenían cuerdas, Breno y Orfeo me sostuvieron por los brazos, mientras yo intentaba saltar del barco de todas las maneras posibles. En aquel momento solo tenía un deseo: abrazar de nuevo a mi abuelo y no soltarlo nunca más.

–Tienes que volver a casa, abuelo. ¡Mamá está muy triste! ¡Llora todo el tiempo! No fue fácil llegar acá, pero vamos a quedarnos todos juntos para siempre. ¡Ven!

–Has sido muy valiente al venir hasta aquí, querida. Pero el tiempo se terminó.

–¿Y si le pido más a Hades?

–Él no es el dios del tiempo, Pilar... ¡Pero ya vi que encontraste la hamaca mágica! –dijo, cambiando de tema.

–La hamaca es increíble, abuelo. ¡Me encantó el regalo!

–¡Con ella vas a ver que el mundo es grande!

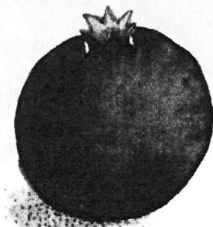
–¡Vamos a conocer el mundo juntos, abuelo! Ven, entra al barco, vamos a casa.

Enseguida me estiré mucho, logré soltar uno de los brazos y, cuando pensé que finalmente tocaría a mi abuelo, la diosa Perséfone se interpuso entre nosotros.

–Él ya comió las frutas de Hades, Pilar. Ya pisó esta otra margen del río y no puede regresar. Vas a tener que aceptarlo –dijo la diosa.

–¡No! ¡Yo quiero a mi abuelo de regreso!

Chillé, grité, rogué, pero de nada sirvió. Breno y Orfeo tuvieron mucho trabajo para



sujetarme dentro del barco. En ese momento, vimos al dios Hades levantarse del trono y decir, con voz grave:

–Ya que vinieron hasta aquí, es bueno que entiendan: cada uno tiene un tiempo que empieza y termina. Aprovechen bien el de ustedes y el que pasen junto a quienes aman, porque nadie sabe cuánto tiempo tiene el tiempo...

Hades hizo un gesto en el aire y mi abuelo desapareció completamente en aquel lugar oscuro. Nunca más lo vería. Nunca más escucharía sus historias. Comencé a sollozar y Breno me abrazó, hablando en voz baja:

–Siempre lo recordarás, Pilar. Cada vez que estés en esa hamaca increíble, ¡de alguna manera él va a estar contigo!

Miré a Eurídice en el barco y entendí que Orfeo debía estar sintiendo lo mismo que yo, aquel dolor sin fin, aquella nostalgia que me desbordaba y que nunca me abandonaría...

## Muerte

*Duele mucho para quien se queda.*

*No tiene vuelta atrás, ahora sé que es para siempre.*

*Uno extraña terriblemente.*

*¿Cuánto tiempo tiene el tiempo?*

Breno me abrazó y enseguida me fui calmando. Miré a Orfeo y, pensando en las leyes del reino de Hades, me di cuenta de que el caso de Eurídice era muy distinto del de mi abuelo:

—¡Orfeo! Eurídice aún no comió ninguna fruta en el reino de los muertos, ¿verdad?

Él negó con la cabeza y continué mi idea:

—Ella tampoco pisó la otra orilla del río. Entonces, todavía podemos llevarla de regreso...

Sin embargo, el dios de los muertos no se dejaba convencer fácilmente. Orfeo pidió e insistió, pero Hades no se movió del trono ni dijo palabra alguna.

—¡Qué dios tan callado! ¡Ya vi que hablar no va a servir de nada! ¡Vámonos! —se irritó Breno.

—¡Espera! Tú lo dijiste: hablar al vez no ayude, pero...

Fue entonces cuando miré a Orfeo y sugerí, bajito:

—¿Y si tocas tu lira?

### LIRA

*Instrumento de cuerdas, que se ejecuta con los dedos.*

*Parece un arpa en miniatura.*

*Dicen que fue inventado por el dios Hermes, que se la regaló al dios Apolo.*

*Orfeo es 100% humano, pero toca divinamente!*

## Sin mirar hacia atrás

El reino de los muertos fue invadido por la música más bella que Orfeo conocía. Poco a poco, hasta Hades, el dios del corazón de piedra, empezó a conmovirse.

—¡Qué maravilla! —exclamó la diosa Perséfone.

—¡Qué música divina! —coincidió el poderoso Hades.

En ese momento, Breno y yo nos miramos y decidimos darle una ayudita más a nuestro amigo Orfeo:

—Qué pena que Orfeo nunca más va a interpretar. Sin Eurídice, prometió abandonar la música —comenzó Breno.

—Una pena, realmente. Nunca más el mundo va a escuchar esas maravillas —completé.

Λευκή κύλικα με παράσταση Απόλλωνα. 470 π.Χ.  
White kylix with a representation of Apollo. 470 B.C.

ΜΔ



069739

ΜΟΥΣΕΙΟ ΔΕΛΦΩΝ  
DELPHI MUSEUM

ENTRANCE  
TICKET  
ΔΡΧ. 500  
DRS. 500

*Apolo con la lira, regalo de Hermes. Orfeo fue el primer mortal en tocar este instrumento.*

ΑΔΗΣ

HADES

*Dios de todos los muertos.*

*Vive del otro lado del río Estigia.*

*Tiene el corazón duro, pero está enamorado de Perséfone.*

*No es malo, apenas frío y callado.*

*Tiene el peor trabajo del mundo:  
decirle no a la vida.*

Perpleja y conmovida, Perséfone decidió intervenir una vez más en favor del músico e imploró a su esposo:

–Por favor, querido, atiende al pedido de Orfeo...

–No puedo, Perséfone. Tú sabes...

–Ponle una condición. Encomiéndale una tarea difícil, pero dale una oportunidad. El mundo no puede quedarse sin la música de Orfeo.

Sin resistir la dulce voz de Perséfone, Hades se levantó del trono y determinó:

–Te daré una única posibilidad, Orfeo. Eurídice podrá regresar al mundo de los vivos, pero con una condición: atraviesa el río y solo mírala después de dejar el mundo de los muertos.

–Mira siempre adelante. ¡Nunca hacia atrás! –insistió la dulce Perséfone.

Ya nos preparábamos para regresar, cuando vi un bulto blanco, pequeñito y movedizo, maullando en la orilla del río:

–¡Samba! ¡No lo puedo creer! Por favor, gran Hades, ¿puedo llevar a mi gatito a casa?

–La orden vale para el gato también. Si lo miran antes de dejar mi reino, se quedará aquí para siempre.

Rápidamente, Orfeo se sentó en la proa del barco, dejando el cuerpo de Eurídice recostado en la popa, y yo metí a Samba en mi bolsillo. Cerré bien la cremallera para que no pudiera salir de allí, mientras estuviéramos en el reino de los muertos.

Remamos y remamos, en un silencio sepulcral, hasta que el barco alcanzó el otro lado.

–¡No veo la hora de salir de este lugar horripilante! –murmuré a Breno.

–¡Yo también! ¡Esto es el fin del mundo! –exclamó.

–¿Estará allí el perro de tres cabezas? –pregunté.

Bastó mencionar al monstruo para oír sus ladridos furiosos. Cerbero, al ver regresar el barco, se liberó de los collares y ahora nos esperaba en la orilla, más feroz que nunca.

Esta vez, no podía sacar nada de mi bolsillo para lanzarle. Además, mi mayor miedo era que Cerbero sintiera el olor del gato ¡y usara sus tres cabezas para devorarnos! Sin saber qué hacer, nos quedamos inmóviles. Orfeo también estaba nervioso, y sin ninguna idea brillante para sacarnos de aquella situación. De pronto, escuchamos la voz de una mujer, sugiriendo:

—¡Arrójale tu lira, Orfeo! ¡Lánzale tu lira a Cerbero!

Él obedeció y el perro se tragó la lira. Las tres cabezas comenzaron a pelear entre sí y pudimos saltar del barco. Sin embargo, en vez de salir corriendo con nosotros, Orfeo se dio cuenta de que la voz que habíamos escuchado era la de su amada Eurídice, y olvidándose de la orden de Hades, se volvió:

—¡Mi amor! ¡Qué bueno que regresaste!

—¡¡No!! ¡No podías hacer eso! —gritó Eurídice, desesperada.

Cuando Orfeo se dio cuenta de su error, el barquero Caronte ya se alejaba, llevando a Eurídice para siempre. Por más que el músico gritara, llorara y suplicara, ya no había alternativa. Su mujer partía definitivamente al mundo de los muertos.



## Luz al final del túnel

La tristeza de Orfeo parecía la más grande del mundo. Era horrible ver su desesperación. Ahora sabíamos que debíamos alejar al gran músico de aquel agujero oscuro lo más rápido posible. En pocos minutos, Cerbero destruiría completamente la lira y volvería a amenazarnos. Pero Orfeo no quería irse de ninguna manera. Prefería quedarse en el reino de los muertos con Eurídice, antes que regresar sin ella. Por suerte, Tiresias y Helena vinieron a ayudarnos. Con su tono cariñoso, Helena se acercó a él:

—Ven, Orfeo. Tu hora aún no llegó. Ven con nosotros, por favor.

Pero Orfeo no se movió y Breno y yo tuvimos que empujar a nuestro amigo a la fuerza para que saliera de aquel horripilante lugar. Fuimos subiendo todos, despacito, empujando al músico monte arriba. El camino era estrecho y resbaladizo y tuvimos que caminar bastante hasta ver la luz al final del túnel. Salimos por una caverna en medio de las piedras y cuando al fin pisamos nuevamente el mundo de los vivos, ¡respiramos aliviados!

Tiresias se alejó en silencio y fue a sentarse bajo un árbol, pensativo. Para animar un poco a Orfeo, que seguía muy triste, Helena resolvió contarle nuestras aventuras. Mientras tanto, Breno me llevó a la orilla del mar, tomó mi mano y dijo, de pronto:

–Pilar, ¿sabías que eres la persona más valiente que conozco?  
¡Solo tú puedes inventar eso de descender al reino de los muertos!

–¡Y tú eres el mejor amigo del universo, Breno! Te agradezco por haber ido conmigo hasta aquel fin del mundo...

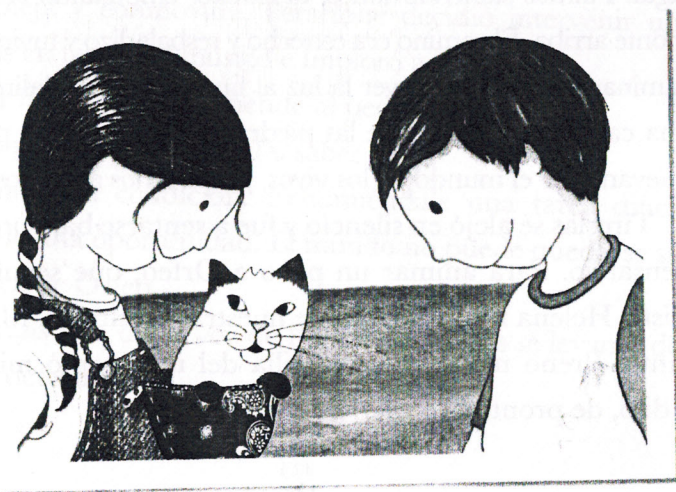
–Me parece que soy mucho más que tu amigo...

Entonces, Breno se aproximó de una manera distinta, acercó su cara y... en ese momento exacto nos interrumpió un maullido muy familiar.

–¡Es Samba! –exclamé.

Inmediatamente abrí el bolsillo del vestido y vi salir a mi gato, ¡más vivo que nunca! Besé a Samba y acaricié su pelo suave. Después lo puse en el suelo y le pedí, muy seria:

–¡Hazme el favor de no morir nunca más! ¿De acuerdo?



## El regreso

Helena y Tiresias corrieron a hacerle mimos a Samba. ¡No podían creer que estaba vivo!

–¡Creo que regresó porque comió la ambrosía de los dioses y ahora es un gato inmortal! –comentó Helena.

–Samba no había muerto: descendió hasta Hades en una nube-elevador como aquella en la que Zeus nos puso a nosotros –contó Breno.

–Regresó porque yo hice lo que Hades ordenó, ¿no crees, Tiresias?

–Creo que todavía no era su hora –respondió.

Lo importante era que mi gato regresaría conmigo a casa y estábamos todos felices por eso. Pero nos sentíamos cansados de tantas aventuras. Era hora de partir. Breno, Samba y yo regresamos a la casa de Helena y nos despedimos de nuestros amigos, ya extrañándolos:

–Muchas gracias por toda la ayuda, Helena, eres una gran amiga.

–Cuenta conmigo para todo, Pilar. Quiero decir, para casi todo. ¡Hades, nunca más!

–Aprovecha bien la vida –dijo Tiresias, con un abrazo apretado.

–¡Voy a aprovechar mi tiempo, todo el tiempo! ¡Hasta la próxima!

—¡Fue genial conocerlos! ¡Hasta pronto! —saludó Breno. Finalmente, subimos a la hamaca y giramos, giramos mucho, hasta que llegamos a mi habitación.

Nos quedamos unos minutos más en la hamaca, sin decir nada, y pensé en todo lo que acabábamos de vivir. ¡Sería tan bueno seguir viajando por el mundo con Breno y Samba! ¡Que grandes compañeros! ¡Qué amigos maravillosos! Tal vez Breno sea mucho más que un gran amigo...

De pronto, acercó su cara de nuevo a la mía, pasó su mano por mi pelo y... en ese momento mi mamá entró en el dormitorio.



## Viajes, viajes y más viajes

Mamá fue abriendo las cortinas, arreglando el desorden que había y haciendo mil preguntas:

—¿Dónde estaban ustedes dos? Los llamé tantas veces...

—Estábamos leyendo unas historias sobre Grecia —improvisé..

—Yo ya me estoy yendo con MI gato —dijo Breno, cargando a Samba y preocupado por ayudarme.

Entonces, por primera vez, mi mamá tomó en sus manos al gatito, le hizo un mimo en su pelo suave y preguntó:

—¿Ya tiene nombre, hija?

—Sí, mamá. Se llama Samba.

—¿Sabes? Si a este gato no le importa vivir en una casa desordenada y llena de libros, creo que puede quedarse con nosotras.

—¡A Samba le va a encantar vivir aquí! ¡Gracias, mamá!

La abracé, Samba maulló, estábamos muy felices con esa decisión. Mamá jamás podría imaginar que mi gato ya había viajado por todo tipo de lugares en este mundo. ¡Desde el fondo de un pozo hasta lo alto del Olimpo! Ahora no tendría la menor dificultad en adaptarse a nuestro laberinto de libros.

—¡Samba es valiente! ¡Adora conocer lugares nuevos! —comentó Breno.

—¡No tiene miedo de ningún perro, ni de los más terribles! —dije.

—¡Corre como un atleta!

—¡Es un gran héroe!

Elogiamos tanto al pequeño Samba que mi mamá, aún triste, hasta sonrió y sostuvo al gatito contra su cuello. ¡Él era realmente especial, un verdadero héroe griego! Qué bueno que vivirá conmigo para siempre...

Después de que Samba fue aceptado como el nuevo miembro de la familia, decidí llamar a mi mamá para una conversación en la hamaca de la sala, pues quería saber más sobre mi papá y sus misterios:

—Mamá, mi padre no es ningún dios del Olimpo o algo parecido, ¿verdad? ¿Dónde vive? ¿Existe en serio?

—¿Qué dios del Olimpo, Pilar? ¡Vaya idea! Tu padre es de carne y hueso, gente como nosotros. Pero decidió vivir en un barco y nunca más dio señales de vida. Solo espero que esté bien y que un día regrese para contar dónde estuvo todos estos años.

—¿Sabe que yo existo?

—Él viajó antes de que yo tuviera tiempo de decirle que estaba embarazada.

—Entonces es por eso que nunca me escribió... Pero un día descubriré dónde está anclado su barco e iré hasta allí a hablar con él. ¿Crees que le caeré bien?

—Él va a adorarte, hija. ¡Va a estar orgulloso, claro que sí!

—¿Tú crees?

—¡Estoy segura!

Entonces, mi madre me abrazó bien fuerte y esta vez no pude contener el llanto. La verdad es que ahora solo nos tenemos la una a la otra, además de a Samba, claro. En ese momento, Breno entró en la sala, interrumpiendo la conversación para darnos un dato importante:

—Tu gato está hambriento, Pilar. ¡Su barriga no deja de hacer ruido! Dentro de poco va a querer comer un calcetín o algo parecido...

—¿Hay pescado en el refrigerador? —pregunté a mamá.

—Hay pescado y leche. Pueden tomar lo que necesiten.

Encontramos un pescado congelado y llenamos un platito con leche pero, al regresar al cuarto, Samba había desaparecido.

—¡Apuesto a que saltó a la hamaca mágica! —dijo Breno.

—¿Y ahora? ¿Adónde habrá ido?

—¿Vamos a buscarlo?

Breno y yo nos sonreímos y no fue necesario decir nada más: saltamos a la hamaca, listos para la próxima aventura. El mundo ahora parecía mucho más grande y nuestro deseo de viajar también había crecido. Entonces, dimos un buen impulso y comenzamos a girar sin parar. Queríamos aprovechar todo, mucho, siempre.

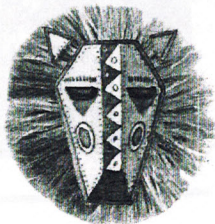
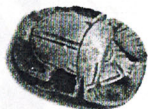
*Viajes de mis sueños*



*Aún quiero viajar en barco por el Amazonas,  
recorrer la ruta inca hasta Machu Picchu,  
descubrir los secretos del pueblo celta,  
caminar sobre la  
Gran Muralla China.*



*Necesito entrar en las pirámides de Egipto,  
montar un elefante en la India,  
¡tomarle fotos a un león  
en África!  
¡Estoy enamorada del mundo!*





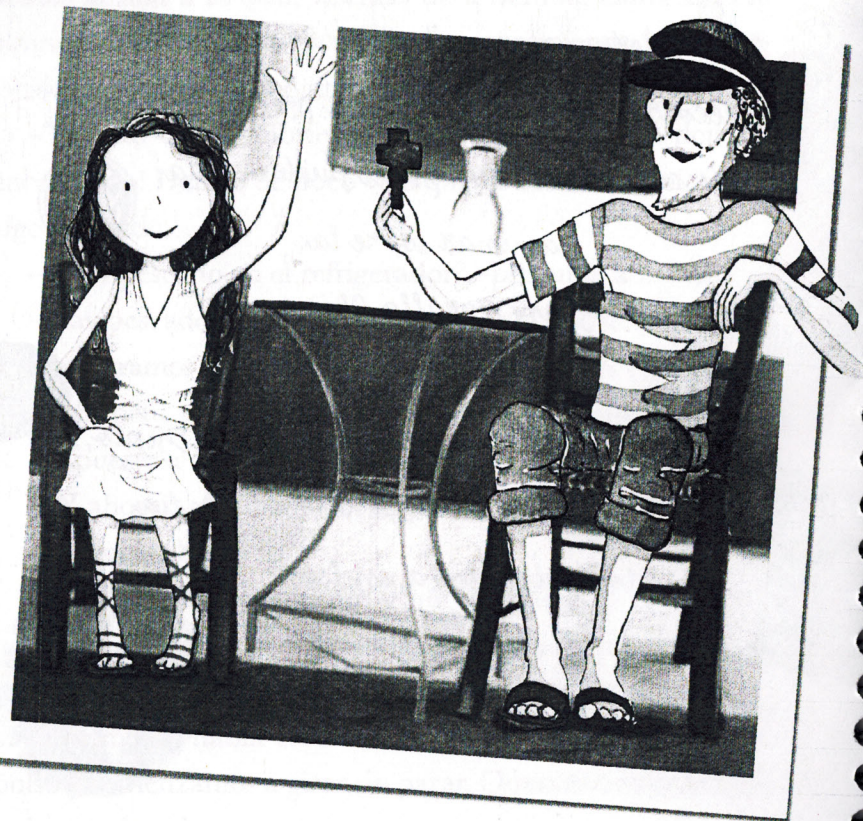
Pilar querida:  
 Ya te extrañamos y soñamos con nuevas aventuras. Hoy, Tiresias y yo salimos a pescar sardinas y encontramos en el fondo del barco un silbato para llamar pajaritos, ¿puedes creerlo?  
 ¡Solo puede ser tuyo! Se te debe haber caído del bolsillo, entre una ola y otra, pero quedará aquí bien guardado hasta que ustedes vuelvan, ¿te parece?

Mil besos,

Helena y Tiresias

Ios, Grecia  
 © Johnny & Joana, 28 agosto 1998

Pilar Buriti  
 Calle Redentor, 350/202  
 Ipanema-Rio de Janeiro-R  
 Brasil-21840-260



¡Extraño a mis amigos griegos!



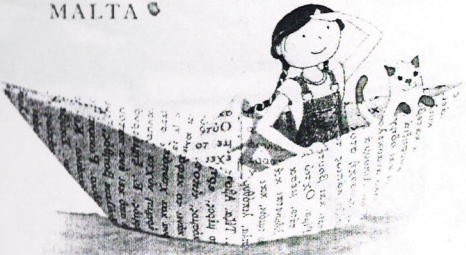


Roma

ITALIA

Sicilia

MALTA



MONTENEGRO  
SERBIA  
KOSOVO

BULGARIA

MACEDONIA

ALBANIA

Monte Olimpo

GRECIA

Atenas

Miconos

Naxos

Ios

Cos

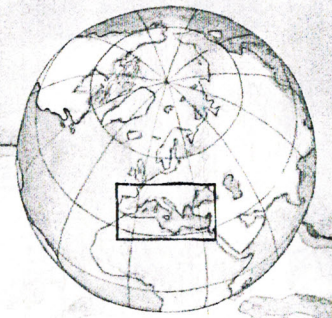
Santorini

Rodas

Cárpatos

Creta

Mar Negro



TURQUÍA

SIRIA

CHIPRE

Mar Mediterráneo

LÍBANO

ISRAEL

Jerusalén

Mar Muerto

JORDANIA

LIBIA

Alejandro

EGIPTO

Río Nilo

Mar Rojo



To Σουθέ Αγόρι. 480 π.Χ.  
The Blond Boy. 480 B.C.



088386

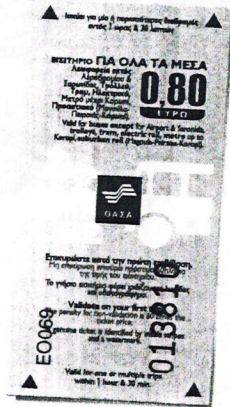
ΑΚΡΟΠΟΛΗ ΑΘΗΝΩΝ  
ACROPOLIS OF ATHENS

AKP

ENTRANCE  
TICKET  
ΔΡΧ 800  
DRS. 800

↑  
*Entrada del Museo  
de la Acrópolis en Atenas.*

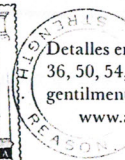
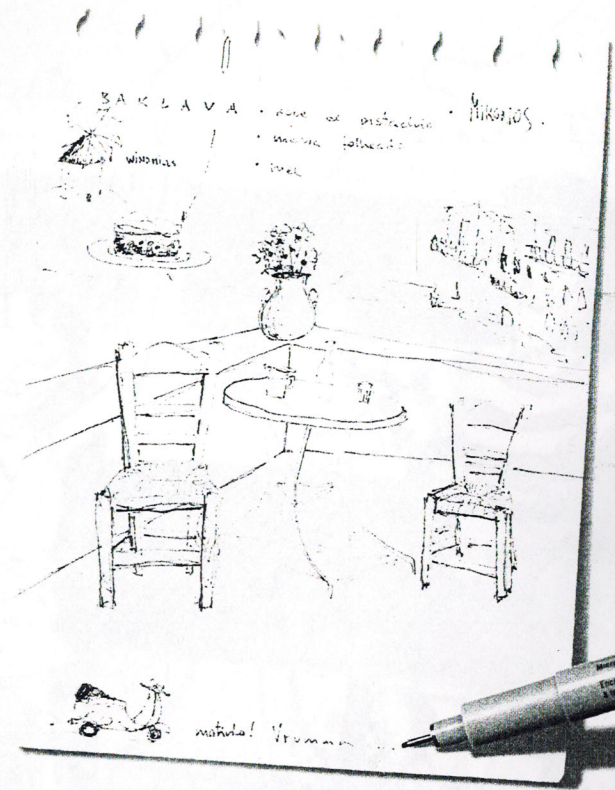
Για το περιβάλλον  
έχουμε μέσο.  
Ας το προτιμήσουμε:



¡Tu opinión es importante!

Escribenos un e-mail a [miopinion@vreditoras.com](mailto:miopinion@vreditoras.com)  
con el título de este libro en el "Asunto".

Conócenos mejor en:  
[www.vreditoras.com](http://www.vreditoras.com)  
[facebook.com/vreditoras](https://facebook.com/vreditoras)



Detalles en las imágenes de las páginas  
36, 50, 54, 64, 84, 88, 93, 108, 140 y 146  
gentilmente cedidos por Alpha Stamps.  
[www.alphastamps.com](http://www.alphastamps.com)

PD: En mi ex libris harý  
una frase en griego que significa  
"en direcci3n a la luz".

